

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA É ILUSTRADA REUNIDAS.



1853.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 12. — N° 23.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO :

Poetas españoles contemporáneos; D. José Zorrilla. — Historia de la semana; grabado. — Shakespeare y sus con-

temporáneos. — La Francia pintoresca; grabados. — Telégrafo eléctrico sub-marino; grabados. — El Alférez D. Gabriel; fantasia marítima. — El pintor de muestras. — La Suecia y sus trajes nacionales; grabados. — Los siete Vagabundos.

— Recuerdos del Brasil. — Los niebelungen. — La Alsacia; grabados. — Un drama en el Océano Pacífico. — Batalla de Arcole. — Revista de la moda. — El baile de las mesas; grabados.

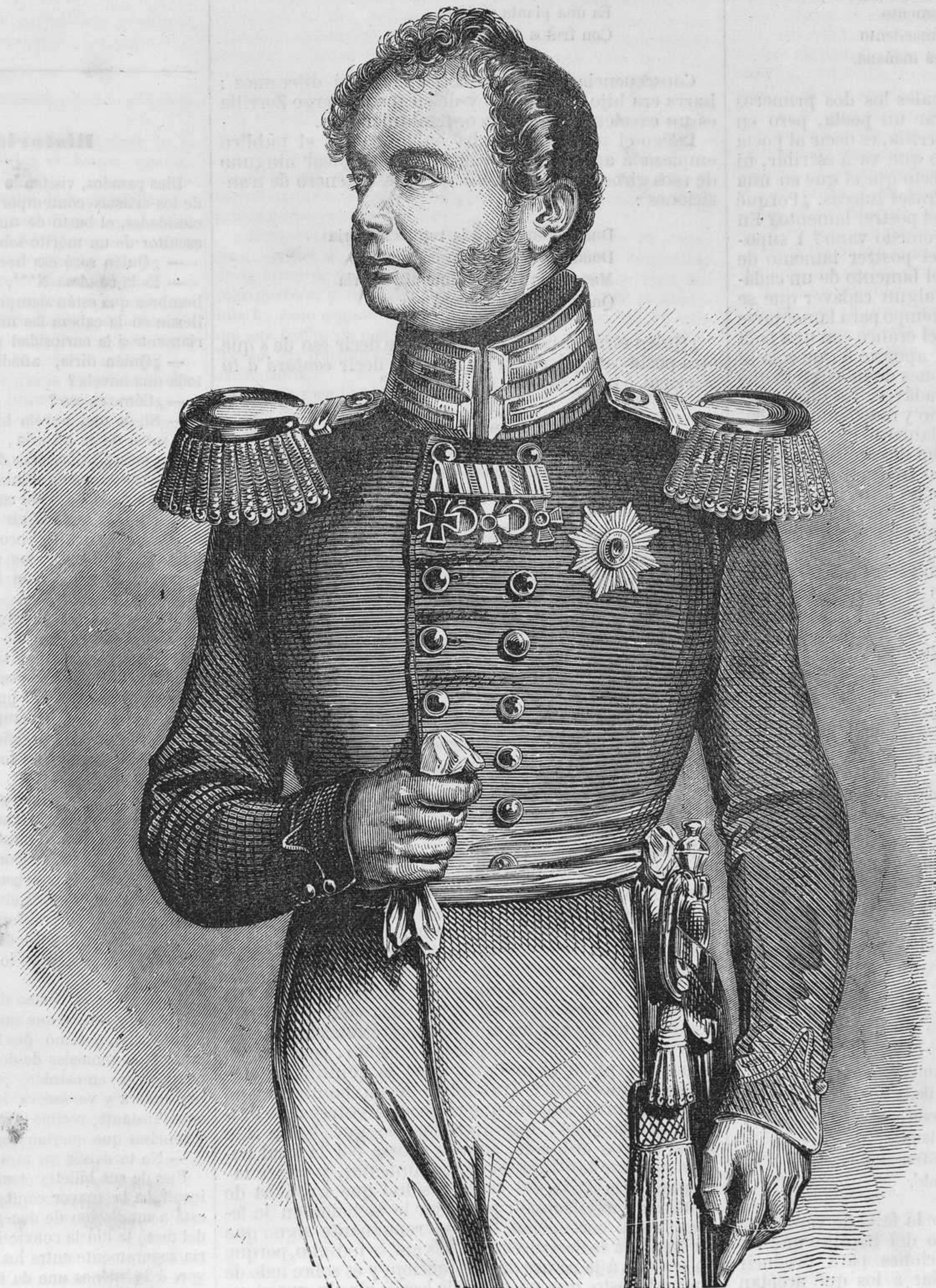
POETAS ESPAÑOLES

contemporáneos.

DON JOSÉ ZORRILLA.

Todo el mundo sabe que las poesías de Zorrilla se han publicado siempre precedidas de un prólogo de D. Nicomedes Pastor Diaz, estimable poeta y literato que no carece de criterio, y que seguramente no conserva en el día la misma opinion que tuvo en otro tiempo acerca del autor que voy á juzgar. Decia el señor Pastor Diaz, hablando de la composicion poética leída por Zorrilla sobre la tumba de Larra: «Era una composicion de allí, de aquel momento, de aquella escena, para nosotros, en nuestra lengua, en nuestra poesia, en poesia que nos arrebató, que nos electricó, que comprendimos, y sobre cuyo mérito, género y formas no se suscitaron discusiones ni críticas. Y sin embargo, el autor la habia escrito algunos momentos ántes de aquella reunion, á solas en su gabinete, sin auditorio que la escuchara, y bajo la inspiracion de su dolor y de su genio. Si á solas tambien la hubiera leído á cada uno de sus oyentes ¿hubiera producido el mismo efecto? ¿La hubieran hallado tan ideal, tan bella, tan original y tan espontánea? No, seguramente. Para uno hubiera sido incomprendible una frase; otro hubiera encontrado exageracion ó falta de verdad en un pensamiento: un oido fino hubiera sentido flojo, duro ó arrastrado algun verso: un entendimiento metódico observaria la falta de órden, de conexion y de enlace entre sus ideas: cual la tendria por vaga y haria notar que su lectura no dejaba en el alma ninguna idea fija, » etc.

Las líneas que llevo copiadast bastan á demostrar el buen talento de D. Nicomedes Pastor Diaz, y no dudo que este señor habria dado un golpe mortal al poeta



Federico Guillermo IV, rey de Prusia.

de quien habla con entusiasmo, si en vez de ser un amigo apasionado de Zorrilla hubiera sido un crítico imparcial. Efectivamente; la composicion á que el señor Pastor Diaz se refiere, tiene frases incomprendibles, exageracion, y falta de verdad en los pensamientos, versos duros, flojos y arrastrados; falta de órden de conexion y de enlace entre sus ideas, y no deja en el alma del lector una impresion dominante: ¿qué mas puede decirse? Una composicion que tiene todos estos defectos, es lo que llamamos una obra sin piés ni cabeza, y solo podria disculparse presentándose al fallo del público como ensayo del autor al lado de otras producciones ménos incorrectas. Pero no sabe el señor Pastor Diaz que al juzgar la primera composicion de Zorrilla juzgó todas las producciones del mismo autor, porque todas ellas tienen frases incomprendibles, exageracion y falta de verdad en los pensamientos, versos duros, flojos y arrastrados, falta de órden, de conexion y de enlace entre las ideas, y ninguna deja impresion dominante en el alma por la sencilla razon de que nunca Zorrilla ha pensado en caminar á otro fin, que al de aturdir al vulgo con su incoherente y eterna palabreria, y es lástima que un hombre como D. Nicomedes Pastor Diaz, sacrificando la razon á la amistad, haya contribuido tan poderosamente á fijar en la mente del vulgo la calamitosa idea de que Zorrilla es, no solo un poeta lírico, sino el primer poeta lírico de nuestros dias. Sí, es una lástima, porque si se tratara solamente de labrar la fortuna de un hombre por medio de un rasgo de condescendencia, sin ofender á los demás, y sin otros inconvenientes que acarrea el mal ejemplo; yo seria el primero en ejercer con Zorrilla ó con otro cualquiera ese rasgo de caridad, que casi no merece otro nombre, y diria que ese sugeto

es el primer poeta habido y por haber, y no solo poeta sino filósofo, jurisconsulto, químico y numismático; pero es el caso, que esos desmesurados elogios perjudican á los hombres de verdadero mérito, oscurecidos algunas veces ante un ídolo falso que la amistad levanta y la preocupacion acepta; escandalizan á la sana razon, que no pudiendo luchar contra la moda, se ve obligada á guardar silencio por algun tiempo, lo que ya es una transaccion con la ignorancia; perjudican al progreso de la inteligencia, porque extravian el gusto no maduro todavía de la juventud, haciéndola ver el bello ideal del arte en detestables modelos, y por último redundan tambien en daño de los mismos á quienes se quiere favorecer, estimulando en ellos la vanidad y la soberbia, faltas tanto mas ofensivas cuanto son mas inmotivadas. No, es imposible que una conciencia recta é ilustrada trate de hacer un bien á costa de tantos males: solo á la inexperiencia del señor Pastor Diaz, que al fin era un jóven cuando escribió el mencionado prólogo, puede disculparse la participacion que tuvo en el aura popular de Zorrilla, y creo de buena fé que si el autor de dicho prólogo emitiese su opinion ahora que el estudio, la experiencia y la madurez de los años han debido quitarle la venda de los ojos, destruiria con la energía del raciocinio la reputacion que levantó con el noble entusiasmo de la amistad.

Vamos á examinar la composicion que tanto ruido hizo, que tanto efecto produjo, y que tanto electrizó al mismo señor Pastor Diaz, puesto que á pesar de considerarla defectuosa, hizo de ella desmedidos elogios hasta el extremo de comparar al naciente poeta con Píndaro, Calderon, Shakespeare, Homero y otros por el estilo. Dice así:

A la memoria desgraciada

Del jóven literato

D. MARIANO JOSÉ DE LARRA.

Ese vago clamor que rasga el viento
Es la voz funeral de una campana:
Vano remedo del postrer lamento
De un cadáver sombrío y macilento
Que en sucio polvo dormirá mañana.

He aquí cinco versos de los cuales los dos primeros son excelentes, y parecen revelar un poeta, pero en cambio los otros tres revelan á Zorrilla, es decir al poeta palabrero que nunca piensa en lo que va á escribir, ni sabe lo que dice, ni busca otro efecto que el que en una lengua armoniosa producen las frases huecas. ¿Porqué la voz de la campana es remedo del postrer lamento? En caso de que lo fuera ¿porqué es remedo vano? Y suponiendo que fuese remedo vano del postrer lamento de un hombre, ¿cómo puede serlo del lamento de un cadáver? ¿Ha visto el señor Zorrilla algun cadáver que se lamenta? Yo no se si Larra tuvo tiempo para lamentarse desde que fatalmente se atravesó el cráneo con una bala hasta que espiró; pero si así fué, apuesto á que solo se lamentó mientras vivía, y no despues de morir, ó lo que es lo mismo, despues de ser un cadáver. No digo nada de la ocurrencia de llamar sombrío y macilento al cadáver en el acto de dar el postrer lamento; es un ripio propio de Zorrilla, esto es, un ripio de adjetivos impropios de que este autor abusa como ninguno otro, para dar á sus versos la medida ya que no á sus ideas la verdad y la ilacion. En esta parte es tan pródigo el autor de quien voy hablando, que no sabe hacer un verso sin siquiera un adjetivo, y á veces dos ó tres. Así verán ustedes siete adjetivos en los cinco versos citados. En el primero llama *vago* al clamor, en el segundo *funeral* á la campana, en el tercero *vano* al remedo y *postrero* al lamento, en el cuarto *macilento* y *sombrío* al cadáver, y en el quinto *sucio* al polvo. Prosigamos.

Acabó su mision sobre la tierra,
Y dejó su existencia *carcomida*,
Como una virgen al placer perdida
Cuelga el profano velo en el altar.

Miró en el tiempo el porvenir vacío,
Vacío ya de ensueños y de gloria
Y se entregó á ese sueño sin memoria
¡Que nos lleva á otro mundo á despertar!

¿Porqué estaba *carcomida* la existencia de Larra? No lo sé. ¿Cuándo, cómo y porqué una virgen al placer perdida cuelga el profano velo en el altar? ¿Y sobre todo qué tiene que ver una cosa con otra? No lo entiendo. Adelante.

Era una flor que marchitó el estío,
Era una fuente que agotó el verano;
Ya no se siente su murmullo *vano*
Ya está quemado el tallo de la flor.
Todavía su aroma se percibe,
Y ese verde color de la llanura,
Ese manto de yerba y de frescura
Hijos son del arroyo creador.

Aquí, como en todo, se descubre la falta de verdadera inspiracion; el trabajo mecánico del hombre que rebusca y amontona las comparaciones para producir efectos, consiguiendo solo agrandar á los que aceptan como bueno lo que no pueden comprender. Efectiva-

mente, si Larra era una flor ¿cómo podía ser al mismo tiempo una fuente? Y si era una fuente, ¿cómo podía ser una flor? La alegoría es uno de los resortes mas fáciles que puede tocar el poeta para fascinar á la multitud, y no condono yo este resorte cuando se maneja con propiedad, es decir, cuando hay cierta apariencia de verdad en las analogías, para lo cual los buenos poetas procuran ante todo no agolpar ideas heterogéneas que distraigan la atencion. Pero ¿qué digo? Los poetas observan los preceptos del orden, los términos de la serie, las proporciones y conveniencias de la unidad racional, hasta en los vuelos mas atrevidos de la fantasía, no porque lo procuran, sino porque discurren lógicamente; porque cuando escriben no hacen mas que trasmitir lo que de un modo ordenado y por decirlo así, daguerreotípico, se presenta en el espejo de su imaginacion; porque, en una palabra, conciben cosas naturales y no monstruosas, desarrollan sin superfetacion y llegan á su alumbramiento sin ofrecer ninguno de esos fenómenos que revelarían el abuso ó la perturbacion de sus facultades. Así, un buen poeta hubiera en los precedentes versos hecho la alegoría de la flor y luego la de la fuente, ó vice-versa, presentándolas separadamente, sin pasar á la segunda hasta haber concluido la primera, y no de esa manera confusa que revela como he dicho antes el mecanismo del arte, y exige del lector ó del oyente la doble atencion que la naturaleza nos ha negado á todos. Despues de esto el poeta puede hacer sus deducciones, subordinándolas tambien á las exigencias de la lógica y no sacando consecuencias que no tengan relacion con las premisas, como sucede en la composicion que voy criticando, donde el autor nos dice que Larra era una flor y una fuente, que ya no se oye su murmullo vano y está quemado el tallo de la flor, que su aroma se percibe aun, y, en fin, que la yerba es hija del arroyo, despues de lo cual nos encaja á manera de corolario esta redondilla muy buena, pero muy estemporánea.

Que el poeta, en su mision
Sobre la tierra que habita,
Es una planta maldita
Con frutos de maldicion.

Consecuencia tan estrambótica como si dijéramos: Larra era hijo de su padre y de su madre; ergo Zorrilla es un excelente poeta lírico. Cualquier cosa.

Luego el autor que estaba hablando con el público empieza á apostrofar al cadáver sin emplear ninguno de esos giros que son necesarios en este género de transiciones:

Duerme en paz en la tumba solitaria
Donde no llegue á tu cegado oído
Mas que la triste y funeral plegaria
Que otro poeta cantará por tí.

¿Quién será ese poeta? ¿Qué quiere decir eso de «que otro poeta cantará por tí?» ¿Quiere decir *cantará á tu memoria*, ó bien, cantará en tu lugar?

Esta será una ofrenda de cariño
Mas grata, sí, que la oracion de un hombre,
Pura como la lágrima de un niño,
Memoria del poeta que perdí.

La oracion de un hombre es lo que llamamos un ripio, pero no un ripio de palabra sino de pensamiento. La lágrima de un niño es una afectacion de ternura, una frase rebuscada. Pero todo esto es ménos censurable que el defecto de acabar la octava hablando en primera persona, siendo así que durante todo el apóstrofe ha hablado en tercera, lo que prueba que este autor es poco afortunado en las transiciones. Y continúa:

Si existe un remoto cielo
De los poetas mansion,
Y solo le queda al suelo
Ese retrato de yelo,
Fetidez y corrupcion;

Fetidez y corrupcion vienen á ser la misma cosa en el caso á que el autor alude, pero al fin se comprende lo que quiere decir; lo que no se comprende tambien es lo del retrato de yelo, como no sea apelando á uno de esos eternos silogismos por medio de los cuales no hay pensamiento absurdo que no tenga explicacion satisfactoria. Así para explicar la idea de Zorrilla será preciso recordar que los que se mueren se quedan frios, y que estando frios tienen alguna semejanza con el yelo, de donde se infiere que los muertos son retratos helados de los vivos. Todo esto se explica, lo repito, pero ¿cómo se podrá explicar el mal gusto que la quintilla respira en su último verso? Tratándose de un hombre como Larra, era muy natural que el poeta se entregase á graves meditacion; que recordase lo que habia sido aquel cuerpo animado, aquella cabeza por la cual habian cruzado tan luminosos pensamientos, y que se lamentase á la vista del triste residuo que quedaba de aquel ser privilegiado; pero fijar la atencion en la fetidez, en la corrupcion, en ese repugnante signo que acompaña á la destruccion de la vida, es indigno, porque no se eleva á la altura de la situacion, y es sobre todo de tan mal gusto, que no se puede leer ú oír sin que el estómago se resienta. Veamos el complemento de la idea.

¡Digno presente por cierto
Se deja á la amarga vida!
¡Abandonar un desierto
Y darle á la despedida
La fea prenda de un muerto!

Y sin embargo mas vale morir que ver dar á estas y otras vulgaridades los aplausos escatimados al talento. Concluyamos.

Poeta, si en el *no ser*
Hay un recuerdo de ayer,
Una vida como aquí
Detrás de ese firmamento...
Conságrame un pensamiento
Como el que tengo de tí.

¿Cómo, siendo Zorrilla un hombre tan buen creyente, tan buen cristiano, puede dudar que hay esa otra vida? Aquí el autor se parece mucho á cierto mal predicador que empezó su sermón de este modo: «Amados oyentes; si es verdad lo que nos dice el Espíritu Santo, etc.» La fé del predicador que empezaba poniendo en duda las palabras del Espíritu Santo, corria en efecto parejas con la de Zorrilla que duda de lo que piensa, y en esto me fundo para negarle la inspiracion, porque si pudiera inspirarse, no se veria nunca en tales apuros; no daria á luz esas deplorables muestras de la impotencia de su esfuerzo mental; la concepcion y la forma, la idea y la palabra brotarían en él tan naturalmente como brota el agua de los manantiales; y yo tendria el gusto de apoyar, con todas las personas de criterio, esta proposicion que hoy solo pertenece al estúpido vulgo: ¡Zorrilla es uno de nuestros primeros poetas!

J. M. VILLERGA.

Historia de la semana.

Dias pasados, visitando la Exposicion de pintura y escultura de los artistas contemporáneos, descubrimos, entre otras preciosidades, el busto de una mujer bellísima, debido á un jóven escultor de un mérito sobresaliente.

— ¿Quién será esa hermosa señora? preguntamos.

— Es la condesa N***, nos respondió un amigo, uno de esos hombres que están siempre al corriente de lo que se pasa, y que llevan en la cabeza las mil y una historias que suministra diariamente á la curiosidad pública la crónica parisiense.

— ¿Quién diría, añadió, que ese busto es el desenlace de toda una novela?

— ¿Cómo es eso?

— Sí, de una novela histórica, cuya heroína fué la caridad que salvó de la miseria, quizás de la muerte, á uno de los talentos mas privilegiados de nuestra época.

Nuestro amigo no se hizo rogar mucho para entrar en los pormenores del asunto; el caso es el siguiente:

El autor de la obra en cuestion, jóven escultor, como hemos dicho, de un mérito poco comun, se hallaba el año pasado sumergido en una de esas situaciones desesperadas en que con frecuencia se hallan en Paris los talentos que no han llegado aun á su apogeo.

A mayor abundamiento, debemos decir tambien que la miseria de los escultores no es comparable á ninguna otra miseria. El literato, el poeta tienen las bibliotecas públicas, las universidades, donde todo es gratuito, y además no hay nadie por pobre que sea, que no pueda comprar tinta y papel, lo mismo que un pintor puede comprar colores, y un litógrafo puede hacerse con sus correspondientes lápices. Pero comprar fiado mármol de Carrara, sobre todo cuando no hay botas que ponerse, es cosa peliaguda.

De este modo nuestro escultor, acerbado de deudas, sin recursos, sin nada que hacer y sin esperanzas, no sabia á qué santo encomendarse, hasta que se le ocurrió encomendarse á una lotería. ¡Triste recurso, en verdad! dirán nuestros lectores; pero nosotros debemos añadir aquí para su inteligencia, que no estando autorizado en Francia, como en nuestros países, este juego de la lotería, sino en raras ocasiones, y cuando se organiza con objetos de beneficencia, el aliciente que ofrece es mas poderoso, por lo mismo que se ve muy de tarde en tarde.

Justamente el sorteo debía verificarse dentro de dos ó tres semanas, y así fué que nuestro hombre entró resueltamente en el despacho, y tomó dos billetes á franco cada uno, que pagó en gruesas monedas de dos sueldos. Aquel día el desgraciado no comió, pero en cambio, ¡qué sueños por la noche! La California entera y verdadera habia entrado en su guardilla. Desde aquel instante, recibió á sus acreedores con apretones de manos y sonrisas que querian decir:

— No tardaréis un mes en quedar todos satisfechos.

Uno de sus billetes tenia el n.º 190,346, número que no le inspiraba la mayor confianza, pero el otro era el 112,112, y esta acumulacion de doces (además le habia comprado el día 12 del mes) le dió la conviccion íntima y profunda de que figuraría seguramente entre los elegidos, sacando, si no el premio mayor, á lo ménos uno de los principales. ¡Cien mil francos! ¡qué estudio tomaria, y qué obras iban á salir de él! Solo podrían compararse con las de la Grecia.

Desgraciadamente, las ilusiones son un mal alimento, por lisongeras y abundantes que sean, de modo que el escultor careciendo de manjares mas sustanciosos, hablando sin metáfora, se moría de hambre. Y despues, debemos advertir que el artista era orgulloso como todo el que siente en sus venas una chispa del fuego sagrado, de modo que se negaba obstinadamente á recibir los socorros que una mano tan ingeniosa como delicada le enviaba con un sigilo digno de mejor pago. Esta mano que obraba con tanta cautela era la de una señora noble, vecina suya, que gracias á los cuentos de los criados, se hallaba enterada de la aflictiva posicion del jóven artista.

Un dia, el escultor leyó en los periódicos de la capital el siguiente anuncio, dictado al parecer por uno de esos caprichos británicos que se ven á menudo:

« Se suplica á la persona que posee el nº 190,346 de la próxima lotería, que se dé á conocer, escribiendo dos renglones á M. X.... en la casa de Correos; se trata de una proposicion sumamente importante. »

Ya hemos dicho arriba que este billete pertenecía al jóven escultor, y que no tenia en él ninguna confianza; de suerte que en cuanto vió el anuncio, escribió dando sus señas y la hora á que podía hablársele.

En efecto, al dia siguiente llamaron á la puerta de su guardilla, y el artista, al abrir, se encontró con un hombre de edad avanzada, que tanto en su traje como en su rostro y ademanes, parecia un agente de negocios.

— ¿Es Vd. el señor X***? preguntó el jóven.

— El mismo, respondió el desconocido saludando. ¿Y Vd. es el que posee el billete nº 190,346?

— Sí, señor.

— ¿Quiere Vd. venderle? Yo vengo comisionado para ofrecer por él dos mil duros.

— ¡Dos mil duros! exclamó el artista tan ahogado de júbilo, que se le figuraba iba á perder el juicio.

— Sí, se darán hasta tres talegas, pero ni un ochavo mas.

— ¿Y tendrá Vd. la bondad de decirme porqué quieren comprarme mi billete?

— Es muy sencillo; una persona ha visto seis veces en sueños los seis números que hay en ese billete; y persuadida de que saldrá premiado el nº 190,346, quiere comprarle á toda costa.

— Esa persona es muy afortunada, porque si se le hubiera antojado el nº 112,112 que tambien poseo, no se lo habria cediendo á tan poco precio.

— Con que en suma ¿se decide Vd.?

— Aquí está mi respuesta, dijo el escultor sacando el billete y entregándole al desconocido.

— Toma y dá, repuso el otro abriendo una cartera de la que sacó la cantidad convenida en billetes de banco, que entregó al artista.

Y sin otra formalidad se despidió y salió de la guardilla.

Ahora bien, el que nos ha parecido agente de negocios, no era mas que el ayudante de cámara de la condesa N***, vecina del escultor, la misma señora que, desconsolada al ver que el artista no queria admitir los socorros indirectos á cuyo beneficio se propuso aliviar su miseria, habia imaginado esta ingeniosa astucia. Sabia, como toda su vecindad, que el pobre diablo poseia dos billetes de la lotería, y que tenia fe en el uno y en el otro no, y esto fué bastante para el enredo que le ha costado tres mil duros, si bien es verdad que ha tenido la gloria de salvar la vida á un artista de mérito, y de ver que la primera obra de su protegido ha sido su propio busto, trazado en hermoso mármol, de mano maestra.

Esta semana, así como la anterior, ha sido fecunda en experimentos magnéticos. El furor de la danza de muebles continua con una persistencia sin medida y sin freno. Inútil es buscar novedades en otra cosa, todo el mundo se halla entregado á tan famosas experiencias.

Para no privar á nuestros lectores de este entretenimiento, ya en nuestra crónica pasada dimos con todos sus pormenores el método que se debe seguir, con los requisitos que se recomiendan como necesarios para obrar el fenómeno, y hoy queriendo seguir la misma via, ponemos aquí la descripción del *zoo-magnetiscopio*, ó nuevo instrumento inventado, segun dice su autor, para hacer evidente el fluido humano y su fuerza de atraccion.

Esta descripción está tomada de un periódico de Paris que ha inaugurado estos últimos dias una seccion muy peregrina en sus columnas con el título de *Boletín de ciencias ocultas*. Dice así:

« Hoy vamos á anunciar una nueva invencion tan sencilla como ingeniosa, destinada á poner de manifiesto el fluido humano y su fuerza de atraccion, sirviendo de intermediario entre el magnetismo y la ciencia positiva. Hasta ahora ha permanecido oculto; pero gracias al *zoo-magnetiscopio*, que acaba de inventar un jóven de Estrasburgo llamado Weir, podemos admirar los diversos fenómenos del magnetismo. Vamos á describir este aparato con la exactitud posible, á fin de que nuestros lectores puedan cada uno de por sí construir un *zoo-magnetiscopio* y experimentar á su deseo.

» Se coge un tapon de corcho, se le clava una aguja de coser, no por la punta sino por el ojo, pues aquella debe quedar al aire para servir de eje al *zoo-magnetiscopio*. Hecho esto se toma un pedazo de papel vegetal, y se corta una tira de cuatro centímetros de larga y dos milímetros de ancha. Esta tira deberá doblarse por la mitad y cortar exactamente las dos puntas, desdoblándola despues de verificada esta operacion.

» El dobléz dejará en medio una señal, y formando con la tira un ángulo imperceptible, se apoyará ligeramente sobre la punta de la aguja, procurando equilibrarla.

» Descrito ya el aparato, pasemos al experimento. Aproxímese una mano en la misma forma que se pondría si se quisiera preservar á una luz de la fuerza del aire. A los pocos instantes comienza á moverse el papel con mas ó menos rapidez, segun la cantidad de fluido que posea el experimentador. Si es la mano derecha la que opera, vuelve el papel de izquierda á derecha, y si la izquierda gira al lado contrario. Esta operacion

puede repetirse alternando las manos; pero el resultado es el mismo.

» El papel azul, empleado en vez de vegetal, causa el mismo efecto.

» Este aparato, que reúne á la sencillez la mas delicada sensibilidad, es á un tiempo *zoo-magnetiscopio* y *zoo-magnetómetro*, porque de un solo golpe indica la presencia del fluido *zoo-magnético*, la direccion de sus corrientes y la intensidad de estas últimas.

» Como el *zoo-magnetiscopio* no ofrece ningun género de dificultad en su construccion, y está al alcance de todos, le pronosticamos una general aceptación, felicitándonos por haber sido los primeros en introducirlo en el mundo sabio, así como en el ignorante, al cual pertenecemos.

» Verificado dicho experimento en nuestra redaccion, dió los resultados apetecidos, no obstante estar puesta la aguja en el brazo de una silla y ser el papel algo desigual por los extremos.

» Advertimos además que colocadas las dos manos permanecia parado el *zoo-magnetiscopio*.

Para dar á nuestros lectores una idea de lo revueltas que traen á las cabezas, las mesas danzantes y los sombreros giratorios, nada nos parece mas á propósito que extractar aquí lo que ha pasado con este motivo en la Academia de Ciencias de Paris:

« Fuerza ha sido que el secretario perpetuo (M. Arago) diese cuenta de una nota sobre el particular, remitida por M. Kaepelin, regente de estudios en el colegio de Colmar. La Academia ha negado, no el hecho de la rotacion, que es muy real y efectivo, sino la explicacion que atribuye dicha rotacion á los fluidos eléctricos, al magnetismo, ó á la mera voluntad.

» Fuera de la Academia de Ciencias habian sido ya explicados esos movimientos rotatorios por las presiones desiguales que ejercian las dos manos de cada experimentador sobre la mesa, el sombrero ó el objeto cualquiera que se haya escogido. Habia hecho notar que esa diferencia de presion era tanto mas inevitable cuanto mayor se hacia el cansancio al cabo de los diez, quince ó treinta minutos que á veces son necesarios para determinar un principio de rotacion. Habia explicado en fin, el cómo esas presiones levogiras ó destroginas (á la derecha ó á la izquierda), ejercidas por dos experimentadores puestos uno en frente de otro, producian lo que M. Poinsot llama un par (*couple*) y el cómo el frote y la inercia del objeto comprimido bastaban para dar origen á dicho par rotatorio, aun no siendo mas que uno el experimentador, aun cuando no hubiese nada de cadena eléctrica, y aun cuando el fenómeno no comportase otra explicacion que la que dan las leyes de la mecánica comun.

» El secretario perpetuo ha venido á repetir poco mas ó menos lo mismo, y ha señalado el efecto inevitable de los temblorillos que á los pocos minutos produce el cansancio en los brazos de los experimentadores.

» De esas rotaciones se ha pasado á las oscilaciones, ya planas ya giratorias, de un péndulo (la sortija y el cabello) suspendido de la mano de un experimentador que sigue con la vista sus movimientos, y esta parte de la correspondencia de la Academia ha dado ocasion á M. Chevreul, quien no ha mucho estudió este fenómeno con toda la atencion y la sagacidad que brillan en sus trabajos científicos, para dar una explicacion muy satisfactoria.

» M. Chevreul ha dicho á la Academia, que encargado de examinar una nota sobre este asunto y la varita adivinatoria, habia reconocido por su propia experiencia que el ánimo preocupado con la misma idea del fenómeno anunciado determinaba, sin participacion de la voluntad, movimientos musculares al principio imperceptibles, que daban ocasion á que se produjese el fenómeno.

» Ha declarado además que no habia podido libertarse de esa reaccion del espíritu sino vendándose los ojos. Desde que se vendó los ojos cesaron de producirse los fenómenos en el orden indicado: hubo desde entónces un poco de todo, sin regularidad alguna, sin orden, sin direccion determinada.

A la cabeza de nuestro número de hoy verán nuestros lectores el retrato de S. M. Federico Guillermo IV rey de Prusia, sobre el cual vamos á decir cuatro palabras.

Federico Guillermo nació en el año de 1795, y heredó la corona de Federico el Grande á los cuarenta y cinco años, habiéndose casado antes en 1823 con Isabel Luisa, hija del difunto Maximiliano José, rey de Baviera.

En los años que lleva de reinado Federico Guillermo IV, ha protegido las ciencias, las artes y la industria, creando distinciones honoríficas para todos los que sobresalgan en ellas. Los ferro-carriles y muchas obras públicas, tales como la conclusion de la famosa catedral de Colonia, han sido tambien objeto de sus desvelos, y este mismo rey puso la primera piedra para la construccion de la Universidad de Berlin.

Federico ha estado á punto de ser víctima de un atentado contra su persona cometido por el regicida Tschack, que murió en un patibulo; pero el pueblo prusiano, así como todas las naciones de Europa, le mostraron en aquella ocasion el afecto y consideracion con que le distinguen.

MARIANO URRABIETA.

29 de mayo de 1833.

Shakespeare y sus contemporáneos (1).

Jacobo I gobernó entre la espada que le habia aterrorizado en el vientre de su madre, y la que hizo morir, pero no temblar, á su hijo. Su reinado separó el cadalso de Fonteringay del de White-Hall; espacio oscuro en donde se apagaron las brillantes antorchas de Bacon y de Shakespeare.

(1) Este artículo está traducido de los *Ensayos de literatura inglesa*, escritos por Chateaubriand.

Estos dos ilustres contemporáneos se encontraron sobre el mismo suelo. La Francia, que era entónces la ménos aventajada en las letras, no nos ofrecia sino á Amyot, á Ronsardy, á Montaigne, talentos de mediano vuelo; y Hardy y Garnier balbuceaban apenas los primeros acentos de nuestra Melpómene. Shakespeare nació quince años despues de la muerte de Rabelluo, y este último habia ya vivido treinta y uno, cuando el infortunado Tasso y el heróico Ercilla murieron en el año 1595. El poeta inglés fundaba el teatro de su nacion al propio tiempo que Lope de Vega establecia la escena española. Este último emperero tuvo un rival en Calderon. El autor del *Mejor alcalde* se habia embarcado en clase de voluntario en la *armada invencible*, en el momento en que el autor del *Falstaff* calmaba las inquietudes de la hermosa *Vestal que ocupaba el trono de Occidente*.

El poeta castellano recuerda esta flota famosa en la *fuerza lastimosa*: « Los vientos, dice, destruyeron la armada naval mas bella que vieron los nacidos. » Lope iba con la espada en la mano á asaltar á Shakespeare en su hogar, como los bardos de Guillermo el Conquistador atacaron á los Seldos de Hurold.

Herido en Lepanto en 1570, esclavo en Argel en 1575, redimido en 1581, Cervantes, que comenzó en una prision su inimitable comedia, no osó continuarla sino despues de muchos años. ¡Tan poco conocida era su obra inmortal! Cervantes y Shakespeare murieron en el mismo año y en el mismo mes: dos documentos atestiguan la riqueza de ambos autores.

William Shakespeare deja á su mujer una de sus dos camas, deja á dos de sus camaradas de teatro treinta y dos chelines para comprar una sortija; instituye á su hija mayor Susana su legataria universal, y deja algunas pequeñas memorias á su segunda hija Judit, la cual signaba las actas con una cruz por no saber escribir.

Miguel Cervantes reconoce por una carta, que ha recibido en dote de su mujer Catalina Salazar y Palacios, un argadillo, una garrucha de hierro, tres asadores, una pala, un rallo, una escobilla, seis fanegas de harina, cinco libras de cera, dos taburetés, una mesa de cuatro piés, un colchon con su lana correspondiente, un candilero de cobre, dos sábanas, dos niños Jesus con sus túnicas, cuarenta y cuatro gallinas y un gallo. No habria en el dia escritor, por escaso que fuese su mérito, que no se querellase de la injusticia de los hombres y del desprecio con que se mira el genio, si no estuviese colmado de pensiones (téngase presente que se habla de Francia) cuya centésima parte hubiera hecho la fortuna de Cervantes ó de Shakespeare. El autor pues del *Rey Lear* y el del *Quijote*, dignos compañeros de viaje, fueron á buscar un mundo mas sabio el año 1616.

Corneille habia venido á replazarles en esta familia cosmopolita de los grandes hombres, cuyos hijos nacen en todos los pueblos, como en Roma los Brutos sucedian á los Brutos, y los Escipiones á los Escipiones. El autor del *Cid*, niño de seis años, vió los últimos dias del cantor de *Othello*, como Miguel Angel dejó su paleta, su cincel, su escuadra y su lira, el año mismo en que Shakespeare, calzado el coturno y con la máscara en la mano, entró en el mundo; y como el poeta Lusitano saludó los primeros rayos del sol de Albion.

Cuando el jóven carnicero de Straffoad, armado del hacha, dirigia una corta arenga á sus víctimas antes de inmolarias, Camoens hacia resonar en la tumba de Inés, á las orillas del Tajo, los acentos del cisne:

« Tantos años como os he cantado, oh ninfas del Tajo, oh lusitanas, otros tantos la fortuna me lleva errante á través de las desgracias y los peligros, ya sobre las olas del mar, ya en medio de los combates... ya degradado por una vergonzosa indigencia, sin otro asilo que un hospital... No me bastaba verme condenado á tantas miserias, érame necesario que procediese de las mismas á quienes habia cantado... ¡Poetas, vosotros difundis la gloria; ved á qué precio! »

Vao os annos descendó; e ja do estio
Ha pouco que passar ate' o outone, etc.

« Mis años van pasando; antes de poco habré pasado del estio al otoño. Los sufrimientos me llevan á la ribera del negro reposo y del eterno sueño. »

¡Es pues preciso que en todos los pueblos y en todos los siglos los mas grandes genios hayan tenido que repetir estas últimas palabras de Camoens!

Milton, de edad de ocho años cuando murió Shakespeare, se elevó como la sombra de la tumba de este gran hombre. Milton se queja tambien de haber nacido en época desgraciada, un siglo demasiado tarde, y teme que la frialdad del clima ó de los años no haya entorpecido sus humilladas alas. Este mismo temor le acomete cuando escribe el libro noveno del *Paraiso perdido*, que encierra la seducción de Eva, y las escenas mas patéticas entre esta y el primer hombre.

Estos genios divinos, predecesores ó contemporáneos de Shakespeare, tienen en sí un no sé qué, que participa de la hermosura de su patria. Dante era un ciudadano ilustre y un guerrero valiente; el Tasso hubiese estado bien colocado en la hueste brillante que seguia á Rennard; Lope y Calderon militaron; Cervantes y Camoens mostraron al mundo las honrosas cicatrices de su valor y de su infortunio. El estilo de estos poetas soldados participa casi siempre de la elevacion de su existencia; faltábale solo á Shakespeare haber seguido otra carrera; apasionado en sus composiciones, no es noble á veces: la dignidad faltó á menudo á su estilo, como faltó á su vida.

La Francia pintoresca. — El Jubileo, de Nuestra Señora del Puy-en-Velay.

Pocas iglesias del mundo católico son mas celebradas, como objeto de piadosa peregrinacion, que la catedral del Puy-en-Velay.

Edificada en el siglo III, dedicada á la Madre de Dios, esta basílica fué objeto de una veneracion universal, justificada por los numerosos milagros que en ella se obraban.

Los Papas, con el objeto de excitar el celo y la devocion de los que acudian á ella no solo de toda la Europa, sino tambien de regiones infieles, enriquecieron esta iglesia con extensos privilegios.

Entre estos favores pontificales, ninguno es mas notable que el jubileo ó indulgencia plenaria, concedida desde los tiempos mas remotos á cuantos visitaren el templo en época determinada. Véase como se explica el padre Odo de Gissez, historiador de Nuestra Señora del Puy-en-Velay:

« Cuantas veces cae la fiesta de la » Anunciacion de Nuestra Señora en » viénes santo, hay un jubileo en el » Puy, muy célebre y de tal antigüedad, » que no se sabe ni el primer año, » ni el primer Papa que lo concedió. »

Este jubileo, tan famoso en la edad media, que llevó á la capital del Velay cinco Papas y trece reyes de Francia, entre los cuales se cuentan Carlomagno, Felipe-Augusto, San Luis y Francisco I, además de un numero considerable de príncipes, señores feudales y grandes dignatarios, tanto franceses como extranjeros; este jubileo, decimos, se ha conservado hasta nuestros dias, y el de 1853 ha visto renovarse en las Cevennes un espectáculo que solo parecia posible en el siglo XIII.

No son solo algunos peregrinos los que han acudido, mas creyentes que sus hermanos, al gran perdon de Nuestra Señora, sino todo un departamento ha venido á través de la nieve á prosternarse en las baldosas del santo templo. Procesiones populares de cuatro y cinco mil personas han desfilado durante diez dias sin interrupcion, calculándose que el número total de los peregrinos que han venido á ganar la indulgencia sube á cerca de doscientas mil personas.

¡Cosa prodigiosa! comunmente estas romerías suelen ser para la generalidad ocasion de entretenimiento mas bien que

de devocion. Pues bien, durante el jubileo, en medio de esa aglomeracion de personas de todas edades, no hemos visto mas que las señales de una fe viva, no hemos oido mas que fervientes oraciones. Esta piedad tan universal, tan profunda daba á aquellas escenas religiosas un recuerdo de grandeza que traía á la memoria de los fieles las catacumbas y los grandes hechos de las cruzadas.

Magnífico espectáculo era ver la calma y la dulzura de los rudos montañeses, tan apasionados y tan violentos. Difícil era comprender que aquellos eran los hombres que por la menor querrela echan mano á la espada, y parece que gozan en las sangrientas peleas. Solo la religion posee el secreto de estos cambios.

Lo variado de los trajes aumentaba el encanto pintoresco de tan grandioso conjunto. El sombrerito gracioso de la aldeana velaviana, el sombrero con blondas de la habitante de las altas Cevennes, el traje de las jóvenes de Auvergne, reproduciéndose con infinita variedad, hacia resaltar la fisonomia simple y agreste de los hombres, cubiertos con el ancho sombrero de fieltro.

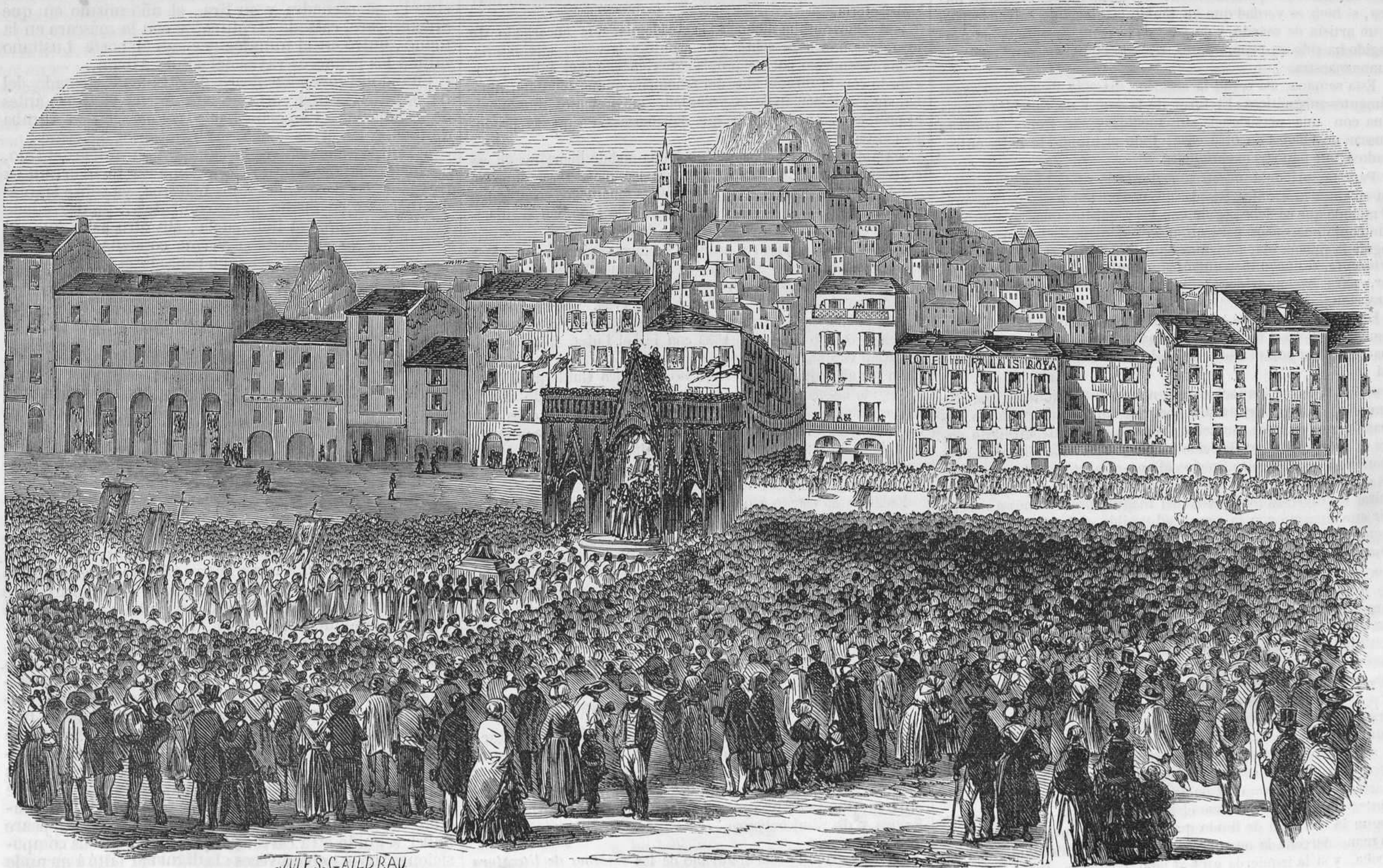
Y todo esto pasaba en medio de una temperatura rigidísima. Todos estos peregrinos atravesaban montañas de hielo; en muchos pueblos habia sido preciso abrir tunels bajo la nieve; en otros, los bueyes, uncidos á troncos de árboles, iban abriendo camino á los hombres que los seguian; pueblos enteros se lanzaban en sendas tan penosas, los hombres llevando á cuestas á las mujeres, y arrostrando todos la dureza del invierno, y venciendo su rigor á fuerza de audacia y energía. La vuelta ofrecia los mismos peligros, y á veces su valor no los libraba del peligro; así es como se han visto perecer á varios peregrinos bajo la nieve, con los brazos extendidos hacia su cabaña.

Este extraordinario espectáculo, reproducido con tanto talento por un artista joven del país, M. Geraud, la procesion del jubileo, y la reunion de los peregrinos á las puertas de la catedral, ha dejado en aquellas poblaciones un recuerdo que no se borrará en mucho tiempo.

H. DE V.



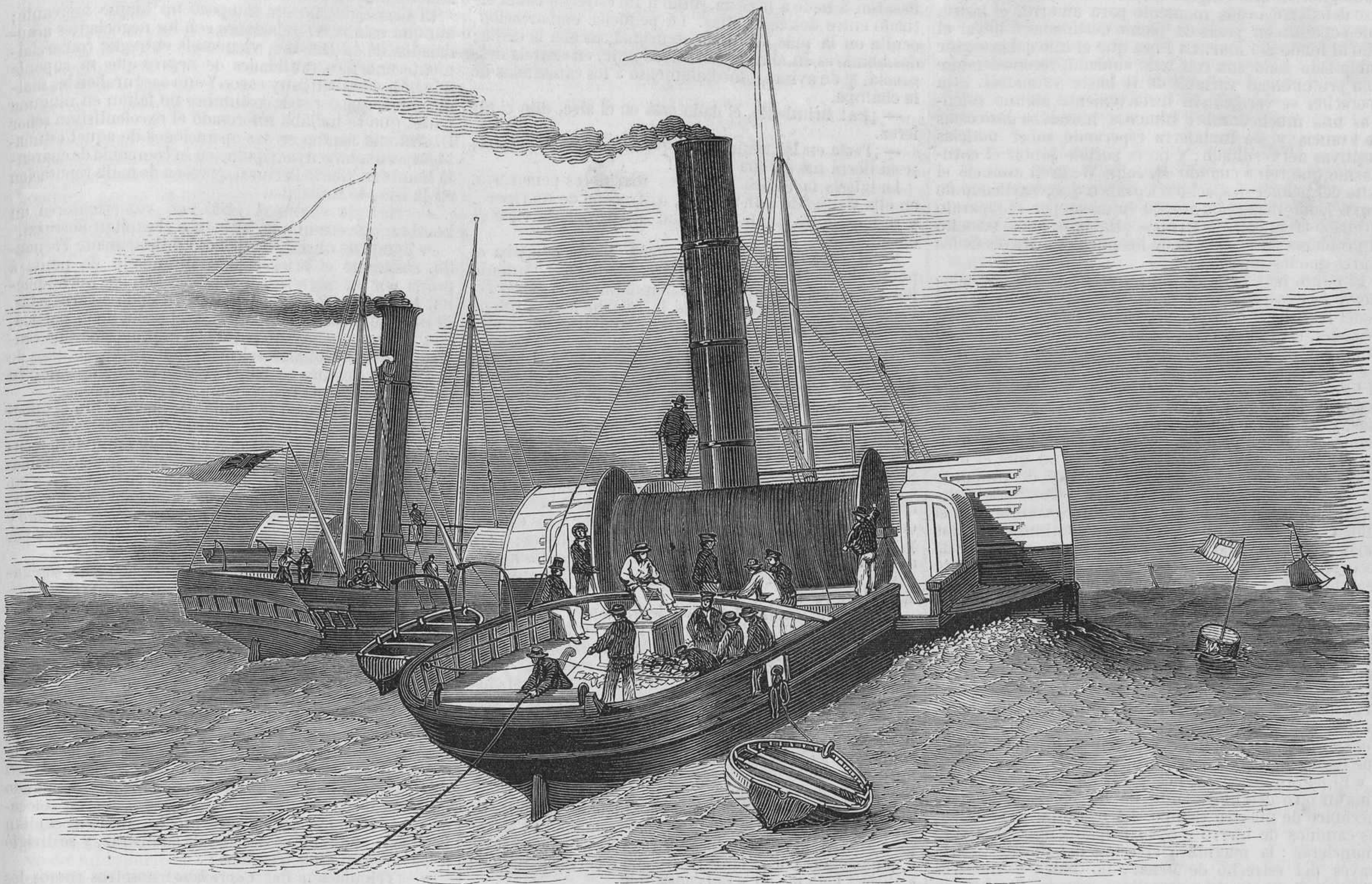
Jubileo del Puy-en-Velay. — La procesion sale de la iglesia.



Conclusion del Jubileo, en la plaza de Breuil en el Puy.

JULES. GAILLARD

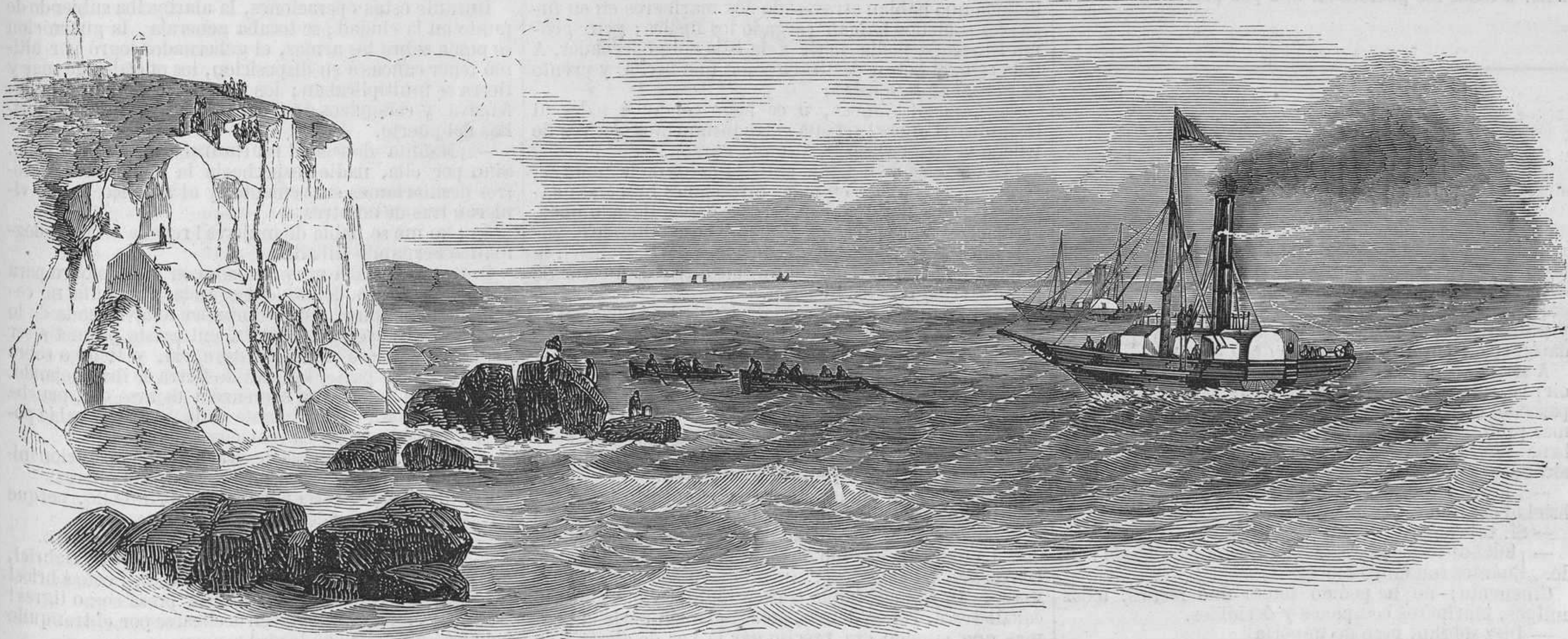
Telégrafo eléctrico sub-marino.

El *Goliath* desenvolviendo el hilo del telégrafo sub-marino.

Un nuevo progreso señala cada día la marcha de las ciencias. Desciéndose de las regiones de la teoría á la práctica, y el instrumento dócil á las fórmulas de los sabios se plega á todas las necesidades de la civilización. Así sucede con la electricidad cuya rápida trasmisión á través del espacio asombra á los mismos que se han encargado de darla importantes aplicaciones, haciéndola transcribir los despachos que se la confían á centenares de leguas instantáneamente. Pero hasta hace

poco tiempo se había mirado la trasmisión de un despacho á través de los mares, si no como imposible, al ménos como rodeada de dificultades casi invencibles. Ahora bien, esta maravilla llegó á realizarse como es sabido, poniéndose en comunicacion inmediata las ciudades de París y Londres. Dirémos á nuestros lectores de que modo fué en 1850 colocado en el canal de la Mancha el hilo metálico que se extiende desde Duvres á Calais.

El día 28 de marzo de dicho año, un buque inglés que lleva el nombre de *Goliath* salió del puerto para dirigirse al punto de partida del alambre que desde luego debía sujetarse sólidamente en la costa. Desde la estación, donde había un aparato dispuesto de modo que á cada instante pudiera indicar si el hilo había experimentado alguna avería en el acto de la submersión, dejó resbalarse dicho hilo en un envoltorio de plomo de 300 metros de longitud que debía preservarle de la



El cabo Grinez, estación del telégrafo sub-marino cerca Calais.

acción de las olas y del roce contra la costa. A las diez de la mañana había concluido esta operación preliminar y el *Goliath* se lanzó en el estrecho llevando sobre el puente un inmenso cilindro al rededor del cual habíanse debanado, por decirlo así, 43 kilómetros de hilo de cobre cubierto por una funda de *guta-percha* del

grosor de seis milímetros y medio; de manera que el diámetro total venía á ser de unos 15 milímetros. Sobre aquel buque que llevaba en pos de sí con las esperanzas de los sabios los votos de los que desean ver las dos mas poderosas naciones de Europa unidas en estrecha amistad, se hallaban los señores Jacobo Brett, inventor

de la línea submarina y de un nuevo sistema de impresión telegráfica, Francisco Edwards, Charlton-Wollaston, Crampton, Reid, Enrique Wollaston y otros sabios.

Partió el buque haciendo una legua por hora, y subió directamente hácia el cabo de Grinez, situado á

siete leguas de Duvres, distancia igual á la de Calais y Boulogne. El hilo empezó á desenvolverse, siendo preciso detenerse á cada momento para amarrar el lastre, que consistía en pesas de plomo destinadas á llevar el hilo al fondo del mar. La línea que el hilo debía seguir habia sido sondeada con todo cuidado, reconociéndose una profundidad variable de 40 hasta 75 metros. Esta operacion se verificó sin inconveniente alguno mientras una muchedumbre inmensa inundaba las costas de Francia y de Inglaterra esperando saber noticias positivas del resultado; y no es posible pintar el entusiasmo que reinó cuando M. John W. Brett anunció el éxito del primer despacho telegráfico que, partiendo de Duvres, fué instantáneamente impreso por el aparato eléctrico en el cabo de Grinez. ¡Habíase, pues, resuelto el problema de la alianza de los pueblos á través de los mares que los separaban!

El punto mas delicado del proyecto, y desgraciadamente la experiencia lo demostró bien pronto, era el poder colocar el hilo poniéndolo al abrigo de las tempestades, sobre todo cerca de la costa de Francia donde se hallan muchas rocas azotadas constantemente por las olas y los mas peligrosos escollos. Era necesario dar al hilo una instalacion conveniente haciéndole pasar por un tubo de plomo. Todo iba bien en los primeros dias, y las dos naciones puestas por la ciencia en tan rápida y fácil comunicacion, se daban mutuamente simpáticos parabienes. Pero llegó un dia en que el telégrafo enmudeció: el despacho que partió de un punto no recibió respuesta; las investigaciones hechas demostraron que el tubo no era bastante garantía para el hilo, y que existía una solucion de continuidad en las bajas rocas del cabo de Grinez. M. Brett es hombre de recursos, y lejos de apurarse prometió que bien pronto Inglaterra y Francia continuarían su interrumpida conversacion. ¿Quién podía dudarle? Nadie puede imaginar hasta donde irá la audacia del hombre en su lucha titánica con el tiempo y el espacio, y sobre todo hasta que punto podrá recoger el fruto de sus tareas; pero midiendo el camino que lleva andado en pocos años, y siguiendo los progresos que cada año hace, casi llega uno á pensar que nada le es imposible. He aquí, lo que á propósito del telégrafo submarino decia el *Times* al dia siguiente de practicarse la operacion de que hemos hablado:

« El telégrafo-eléctrico nos parece mas milagroso que ningun otro descubrimiento de la ciencia ó progreso mecánico de nuestro tiempo. La máquina locomotiva, los caminos de hierro son, principalmente, cuestiones financieras: la magnífica ereccion del puente-tubo á través del estrecho de Menai, no habla á nuestros sentidos de un modo maravilloso, porque Stephenson en todos sus cálculos y experiencias no tenia que habérselas mas que con elementos y fuerzas visibles que nos son conocidas y familiares. Pero la potencia eléctrica, las comunicaciones instantáneas á largas distancias verificadas por medio de este nuevo agente, parecen realizar todas las maravillas de los cuentos fantásticos. Por otra parte las consecuencias del establecimiento del telégrafo eléctrico son tanto mas importantes cuanto el agente que las produce es mas prodigioso. Con el telégrafo sub-marino, el primero y principal efecto de las comunicaciones instantáneas entre las dos naciones mas poderosas y civilizadas del mundo, será el unir las estrechamente en una comunicacion que dará por resultado hacer progresar á la humanidad y mantener á todos los pueblos en una paz profunda.

El alférez D. Gabriel.

FANTASÍA MARÍTIMA.

II.

Todos los oficiales de la fragata quisieron pasar en tierra la Noche-buena, porque despues de la misa debía dar el gobernador una cena y un baile, que se prolongaría hasta el amanecer, á todas las autoridades civiles y militares. D. Gabriel y su amigo D. Fernando, se quedaron solos de servicio á bordo de la *Santa Fé*.

A media noche comenzaron las campanas á dejarse oír; las calles, iluminadas por millares de antorchas, parecían como si las abrasara el fuego; en cambio, la mas profunda obscuridad envolvía la bahía de la Habana. Los tres jefes del complot estaban reunidos en el alcázar de popa.

— ¿Están las armas en la chalupa? preguntó D. Gabriel al contra-maestre Brimbollo.

— Sí, mi capitán.

— ¡Bueno! Haz embarcar toda nuestra gente sin ruido. ¿Cuántos son entre todos?

Cincuenta; no he podido tomar uno ménos, todos amigos, marineros completos y decididos.

— Diez sobran, pero no importa.

D. Gabriel habia tenido cuidado de expedir todas las canoas; solo quedaba una ligera chalupa y un bote para los desertores. Fernando y cuarenta marineros armados de pies á cabeza partieron en la primera, siguiendo misteriosamente á lo largo del muelle, hasta perderse en medio de los buques mercantes. El bote fué ocupado por D. Gabriel, Brimbollo y los diez marineros mas robustos. Un puñal á la cintura, una pistola oculta bajo el vestido, y escopetas de Vizcaya, tal era el arma-

mento de esta gente escogida. La fragata la dejaron á la ventura sin canoas, ni mas amparo que el de Dios. Pasaron á nado á la costa, junto á un estrecho canal situado entre dos casas altas. La pequeña embarcacion, oculta en la mas profunda oscuridad, tocaba la orilla; dos hombres en ella, con órden de huir, en caso de desgracia, y de avisar inmediatamente á los camaradas de la chalupa.

— ¡Ea! Brimbollo, el dado está en el aire, dijo el alférez.

— ¡Peste en las mujeres! respondió el contra-maestre; ¡esta tierra me quema los pies!

La iglesia no estaba lejos; los marineros penetraron en ella siguiendo á D. Gabriel, disfrazado de marinero, y se mezclaron con la multitud sin perder de vista al oficial.

En el lado de las mujeres, doña Juana ocupaba el puesto de preferencia. En el coro se hallaba D. Antonio Barzon, sus ayudantes, el comandante de la *Santa Fé*, los oficiales de la rada, los de la guarnicion, el intendente de la colonia, y todos los dignatarios de la ciudad.

— ¿Por qué puerta saldrá? se preguntaba á sí mismo D. Gabriel con ansiedad, mientras que Brimbollo continuaba maldiciendo en voz baja á mujeres y enamorados.

Doña Juana oraba con devocion, y ciertamente estaban muy lejos de su memoria los alegres coloquios del último baile. Si se distrajo una vez, fué observando, á pesar suyo, que D. Gabriel no habia venido á la misa con su comandante, de lo cual dedujo que debería estar de servicio á bordo. El baile iba á suceder á los oficios, y tal vez entonces sintió la ausencia del alférez; pero apresurémonos á decir que estos pensamientos no hicieron mas que atravesar rápidamente su imaginacion sin fijarse en ella.

Por fin, la multitud se fué lentamente; D. Antonio Barzon salió del coro, se dirigió hácia su hija, le ofreció el brazo, y se dirigió hácia la puerta lateral. Un carruaje los aguardaba. Los oficiales rodeaban y seguían en tropel al gobernador; la salida estaba casi obstruida. D. Gabriel hizo una señal, se abrió paso á viva fuerza á través de las autoridades, llenas de galones, y fué imitado por sus compañeros. Esto produjo alguna confusion. Los dignatarios coloniales se indignaban con la insolencia de los palurdos que los codeaban, pero estos iban ganando terreno.

Ya presentaba el marqués de las Ermaduras la mano á su hija para hacerla subir al coche, cuando el intrépido alférez lo empujó hácia atrás con violencia, cogió á doña Juana por la cintura, y echó á correr gritando: « ¡Viva! Esta era la señal convenida.

— ¡Socorro! ¡á las armas! ¡soldados y ciudadanos á mí! decia con furia D. Antonio Barzon. Los oficiales desenvainaron la espada, y la guardia del gobernador caló bayoneta.

— ¡Viva! ¡viva! ¡adelante las escopetas vizcainas! respondieron los marineros.

Brimbollo y sus ocho camaradas cubrían la retirada del alférez, infundiendo terror á la multitud despavorida. Doña Juana, enfurecida, se agitaba inútilmente entre los brazos de su raptor, que la depositó al punto en su bote, y se dió en seguida al mar con todos los suyos.

Todo esto fué obra de pocos momentos.

Mil clamores partían de la orilla, donde reinaba un desorden indecible. Cien antorchas alumbraban la callejuela que habian atravesado los marineros en su fuga; los soldados habian cargado los fusiles; pero ¿cómo tirar? Se podia herir á la hija del gobernador. A todo esto, el bote se deslizaba como una flecha, y pronto se perdió en la sombra.

— ¡Canoas! ¡canoas, ú os hago colgar á todos al instante! ¡Canoas! repetía entre juramentos con voz de trueno el ilustrísimo D. Antonio Barzon.

Los oficiales de marina, entre ellos los de la *Santa Fé*, recorrían el muelle en todas direcciones buscando canoas, pero la chalupa á su paso se habia llevado unas, arrojado al mar los remos de otras, desmontando el gobernador; y gracias á las precauciones de D. Gabriel, la fragata no pudo enviar ningun bote á tierra, á pesar de cuantas señales se les hicieron.

En tanto que se hallaban clavados de este modo en la playa el gobernador y los suyos, el bote se juntó con la chalupa entre dos pontones abandonados, segun estaba convenido.

Se debe hacer al intrépido alférez esta justicia: que su plan estaba perfectamente combinado. El amor, no obstante el adagio de la fábula, no excluye toda prudencia, aunque maese Brimbollo, que murmura, esté distante de participar de nuestra opinion.

Asustada doña Juana, no habia reconocido todavía á su atrevido adorador, quien, por su parte, encomendó al contra-maestre el cuidado de hacerla guardar silencio. La mantilla de seda de la señorita fué bonitamente convertida en mordaza; un mal pequeño por un bien mayor; D. Gabriel habia consentido esta violencia poco caballeresca. Por lo demás, gobernaba sin abrir la boca mas que cuando era preciso dar la voz de alerta á su compañero D. Fernando, y aun esto lo hacia tomando la precaucion de disfrazarla. Las dos embarcaciones vogaron en conserva; cebaron los aventureros las pistolas, y se dirigieron silenciosamente hácia el *Caprichoso*, cuya fisonomía exterior es conocida, pero del cual es preciso dar nuevos detalles.

El *Caprichoso* no era buque de guerra; solo llevaba una pieza de á 24, de bronce, unos pocos cañones de mediano calibre guarnecían sus costados, y de trecho

en trecho, á popa y á proa, se extendían, como las flores doradas de un jardín, trabucos y montones de balas, simétricamente colocados.

El *Caprichoso* no era tampoco un buque mercante; aunque estaba en relaciones con los negociantes acudados de la Habana, viéndosele entregar comercialmente enormes cantidades de negros que se suponía que no le costaban muy caros. Y aun aseguraban los maldicientes, que como de costumbre no faltan en ninguna parte, que se hallaba interesado el excelentísimo señor D. Antonio Barzon en las operaciones de aquel estimable especulador, cuya tripulacion se componía de cuarenta hombres. Cierta Bertuzzi, persona de mala reputacion en la isla, lo mandaba.

— ¡Hé! ¡la chalupa! gritó con voz estentórea un hombre, que era ni mas ni ménos el capitán Bertuzzi.

— Ronda de oficial, respondió militarmente Fernando, costeando el brick-goleta, iluminado de punta á punta por los negreros, que celebraban la Noche-buena, bebiendo, bailando, gritando y riendo á carcajadas. El licor corría en abundancia, y el poeta de la partida, — ¿y dónde no hay un poeta? — improvisaba una cancion de circunstancias sobre la captura de algunos de la trata, á quienes se habia robado el mes anterior su cargamento de negros, y quemado sus barcos.

El capitán Bertuzzi se tendió de nuevo sobre el puente, al oír la respuesta del guardia-marina, y aguardaba fumando su cigarro, que su gente anduviera á cuchilladas para apaciguarlos y hacerlos ir á sus hamacas. Pero no habia tenido lugar para despedir tres bocanadas, cuando fué su buque abordado por los cincuenta desertores de la *Santa-Fé*, viéndose él rodeado y en lucha con cuatro vigorosos marineros dirigidos por el flemático Fernando.

— Capitán Bertuzzi, no os arrebatéis, decia sosegadamente el guardia-marina, os lo suplico; ved esa pistola, si haceis alguna mala partida, os levanto la tapa de los sesos.

Cogido en el lazo en que habia él hecho caer á tantos amigos suyos, el pirata-negrero se dejó atar, y tapándole la boca, fué trasportado á la chalupa. Inútil es decir que los marineros de la fragata no dieron tiempo á los del brik para correr á las armas. Sus argumentos, tan convincentes como los de Fernando, tuvieron el mismo resultado. Entretanto, doña Juana, llorando á la sazón ardientemente, habia sido encerrada por órden de D. Gabriel en la cámara del capitán; en fin, cuando la mitad bien cumplida de los negreros fueron colocados, con las manos y los pies atados, junto al capitán Bertuzzi; el alférez se despojó de su disfraz, y se dirigió á los otros en estos términos:

— Tripulacion del *Caprichoso*! nosotros somos los mas fuertes y los mas numerosos; el primero, pues, que dé la menor señal de descontento, será arrojado al mar con una bala de cañon al pie. Tened, pues, paciencia, y resignarse, como ovejas. Si alguno llega á tocar un arma sin órden mia, tendrá al punto el privilegio de ser izado en el palo de la verga mayor. En fin, como saliais en corso con Bertuzzi, vais á salir conmigo; esta es toda la diferencia. ¡A hacerse á la mar!

— ¡Bien hablado! dijo Brimbollo, disponiendo su gente para aparejar.

La chalupa, con los hombres que se habia juzgado conveniente sacar del brik, fué abandonada al mar sin remos. Se levaron anclas, se tendieron velas, y ayudados por una ligera brisa se navegó hácia la boca del puerto.

Durante estas operaciones, la alarma iba subiendo de punto en la ciudad; se tocaba generala, la guarnicion se ponía sobre las armas, el gobernador logró por último tener canoas á su disposicion, los oficiales de mar y tierra se multiplicaban; los fuertes se ponían á la defensiva, y cañonazos de señal resonaban en las dos orillas del puerto.

— ¡Maldita doncella! murmuraba maese Brimbollo. Sino por ella, nadie sospecharía la menor cosa, nosotros desfiláramos suavemente, y al amanecer, que vieran tras de nosotros.

— ¡No me se hable de mujeres! repetía en tono dogmático Fernando Riballosa.

D. Gabriel estaba muy ocupado con la maniobra para bajar á la cámara donde la desgraciada Juanita no cesaba de lamentarse, sin comprender todavía nada de lo que la estaba aconteciendo. La entrevista prometía ser delicada, y exigía calma, sangre fria, y tiempo sobre todo. Por otra parte, la brisa de tierra se iba aflojando. El cañon de la fragata comenzó á dejarse oír, prueba segura de que el comandante de la *Santa-Fé* habia podido volver á bordo. La situacion era crítica.

— ¡Lástima sería que se desgraciara una operacion iniciada bajo tan buenos auspicios, se dijo el alférez.

— Mucho mas, respondió maese Brimbollo, porque seríamos todos colgados irresistiblemente.

— Como peces en anzuelo, añadió otro marinero.

— Preparad los remos, amigos míos, dijo D. Gabriel, y si teneis amor á vuestro pellejo, bogad, ¡voto á brios! ¡bogad como caimanes; sacad esta presa como tigres!

El brik-goleta no tardó en deslizarse por el tranquilo mar á impulso de sus largos remos.

Fernando, sin perder tiempo, hacia cargar con metralla y bala juntamente las piezas de artillería del *Caprichoso*. Viendo los negreros que no se les maltrataba, se prestaron á todo con buena voluntad.

Sin embargo, las cañoneras del fuerte del Morro, bajo el que era preciso pasar para salir, se iluminaban poco á poco. Se veía á los artilleros preparando las piezas; las murallas del fuerte de la Punta, que defiende igualmente la entrada del puerto, se coronaban de soldados.

La Santa-Fé parecía que se ponía en movimiento; los desertores creyeron reconocer el son de las trompetas que llamaban á su puesto á la tripulación; poco después largó velas. Todos los buques ligeros de la estación, goletas, pataches, tartanas, se ponían en marcha. Las voces de mando resonaban en todo el puerto, y cosa mas sensible todavía, el ruido acompasado de los remos de la flotilla se oía cada vez mas distintamente. A babor el fuerte del Morro, á estribor, á popa y á proa una flota enemiga.

— ¡Oh, malditas mujeres, mantillas, basquiñas y enaguas! ¡con quinientos mil diablos las enviaria todas! ¡Raza condenada de hembras, perdición de los hombres! ¡casta de maldición! repetía maese Brimbollo á cada golpe de remo, dando ejemplo vigoroso á los demás, y mezclando con sus juramentos energías excitaciones. ¡Animo, camaradas, ánimo! ¡con mil millones de truenos, no hay que dormirse! Esa tronera de Satanás quiere cortarnos el paso.

Fernando examinaba con el antejo la bahía, y tosía con intervalos desiguales; método peculiar suyo para manifestar su inquietud. El grave guardia-marina se habia encargado del cañon de á 24, dirigiendo su puntería á la tronera mas próxima.

En cuanto á D. Gabriel, ya comenzaba á temer el fracasar en su empresa.

(Se continuará.)

Un pintor de muestras.

— No hay duda, es lo mejor que he hecho en mi vida! exclamaba un jóven pintor recién llegado á Nápoles, contemplando con orgullo un cuadro, al cual habia dado la última pincelada. Caravaggio tendrá que confesar que ha encontrado su maestro. ¡Vamos, ya no hay que tocarlo mas!

Y dirigiéndose al otro extremo de la habitacion tomó un retrato de mujer casi concluido, y se entregó de nuevo al trabajo, que absorbió toda su atencion: de vez en cuando se detenía, cruzaba los brazos, y volviéndose hácia el cuadro que habia ya acabado, se decia con cierta candidez marcada de amor propio.

— ¡Bien sabia yo que habia de hacer alguna cosa grande! Ahora puedo morir seguro de que mi nombre no quedará sepultado en el olvido... pero, ¿no gozaré yo de mi reputacion? ¿habrá de quedar mi gloria encerrada entre estas pobres paredes? Estos pintores cortezanos y envidiosos que cercan al virey, ¿no me dejarán penetrar hasta él para hacerme conocer?... y ¿qué importa? Guarden ellos las llaves del palacio, yo quedaré fuera, sí, y á despecho de sus celos y de su envidia, mi nombre resonará con gloria en Nápoles y en Europa. Este sueño de entusiasmo fué interrumpido por la entrada de la vieja Beatriz, que colocando sobre una mesilla los preparativos de un modesto desayuno, empezó á arreglar el taller y á limpiar el polvo que cubria varios cuadros, esparcidos por las mesas y rincones. El jóven aparentó no haberla visto, y continuó su trabajo hasta que ella, acercándose, le dijo:

— Siempre hablando solo: así Dios me perdone, pero no parece sino que estais en compañía del diablo: ¿y cuándo se acabarán esos sueños que os distraen de vuestro trabajo? ¡A ver!... veamos lo que habeis hecho... ¡lindo cuadro! exclamó irónicamente delante del que habia proclamado el jóven por su obra maestra... ¡Bien dije yo, solamente el demonio podia inspiraros la idea de una pintura tan horrible! ¡cada vez que la veo se me erizan los cabellos!... ¡y habeis gastado tres meses en hacer esto, y luego os quejais de que el virey no os proteja! id á llevarle ese cuadro para que se horrorice...

— ¡Pobre Beatriz, contestó el pintor dándole una palmada en el hombro: mucho siento que no sea de tu gusto!

— Mas siento yo otra cosa, dijo ella tristemente, y es la perspectiva del hambre que os amenaza, porque hoy he gastado en vuestra comida todo lo que me quedaba... y esto por culpa vuestra, que pudierais ser el pintor mas rico de Nápoles... ¿Porqué no acabais el retrato de la condesa de Venota? ella os habria cubierto el lienzo de escudos, y recomendado á su amigo el virey: eso sí sería un golpe de fortuna; y no andar huyéndola y negándosla á recibirla.

— Por Dios, Beatriz, no me hables de esa condesa con sus ojos hundidos y su cara llena de arrugas: allí no se ve ni la dignidad de la vejez, y yo la hubiera pintado mas fea y ridícula, si era posible, que lo que es en realidad.

— Sí, esa es vuestra manía; ¡caras bonitas para pintar vírgenes y ángeles!... Pues bien, ateneos á las caras bonitas, que no dejan ningun provecho.

— ¡Ah! si yo hubiera retratado una jóven que he visto hace tres meses... ¡Figúrate, Beatriz, dos grandes ojos azules llenos de languidez!...

— Bien, bien, venid á almorzar.

— Unos cabellos de un rubio admirable, tan raro en este país... y luego sus ademanes nobles y delicados, el sonido de su voz...

¡Dios mio! hablais como un enamorado; y esto solo nos faltaba.

— El sonido de su voz que penetra hasta el corazón como la música mas melodiosa... ¡oh, qué modelo para una Magdalena! pero no una Magdalena arrepentida,

sino una Magdalena virgen, llena de ensueños de amor y agitada su alma por los fuegos de la pasión.

— ¿Queréis callar? gritó Beatriz, os habeis vuelto loco, ¿ó teneis el infierno en la cabeza? ¡Vaya un entusiasmo mal empleado! por eso no retrataís viejas... pero, ¿qué es lo que veo? ¡es la condesa de Venuta la que estais acabando! Bien, muy bien, ¡mi querido amigo! Y la vieja se estasiaba delante del cuadro que estaba concluyendo el jóven pintor.

— Vamos, Beatriz, ¿soy siempre un perezoso, una mala cabeza? riñeme todavía.

— Muy bien, querido mio, muy bien, repuso la buena vieja abrazándole enternecida, eso es cumplir con su obligacion... Pero por ahora es preciso dejarlo, venid á almorzar, para que vayais inmediatamente á la casa de Cristóbal Panolfo que os estará esperando.

— ¡Cristóbal Panolfo! ¿quién es ese hombre?

— El comerciante de cuadros mas rico de Nápoles.

— No le conozco.

— Pero él os conoce á vos: tiene grande opinion de vuestro talento, y querrá sin duda encomendaros algunos trabajos.

— ¡Oh! si fuera un inteligente, y quisiera venir aquí, veriamos en cuánto apreciaba mi gran cuadro.

— ¿Cómo! ¿no iréis á su casa sabiendo que os espera?

El jóven no contestó sino volviendo las espaldas y murmurando algunas palabras ininteligibles, y la vieja repuso con mal humor:

— Pues yo quiero que vayais: sí señor, iréis; aun cuando tenga yo que llevaros contra vuestra voluntad, eso es tener muy mal corazón: ¿acaso estais solo en el mundo? Si vos morís de miseria, ¿qué será de esta pobre vieja que se ha sacrificado por vos y que no tiene otra esperanza que veros dichoso?... Vamos, querido hijo, continuó la buena Beatriz acariciándolo; yo sé que vos me amais, y que no pagaréis con ingratitud una afecion maternal: tomad la espada y el sombrero nuevo, no me tengais rencor por lo que he dicho de vuestro cuadro; así colocaos la capa sobre el hombro: ¡qué gentil sois! teneis el aire del emperador Carlos V: id á ver á Panolfo, y si hay alguna dama sed galante; mirad que yo he sido jóven y sé lo que me digo.

— ¡Vayan al diablo Panolfo y todas las viejas, que no le dejan á uno un momento de sosiego! exclamaba el jóven saliendo de su taller para ir á la casa del comerciante.

La sala donde fué introducido el pintor estaba ricamente adornada, y desde sus balcones se extendía la vista por un delicioso jardín hasta perderse en el azul del Océano. Un hombre de cuarenta años y de un exterior bastante comun, se paseaba por la habitacion, y sentada en una ventana con la cabeza apoyada entre sus manos, como respirando el aire embalsamado del golfo, se hallaba su hija Laura, preciosa virgen de diez y seis años. El artista entró de pronto y saludó con desembarazo; pero muy luego la turbacion se apoderó de él al reconocer en Laura la misma jóven cuyo retrato habia trazado con entusiasmo á Beatriz una hora antes. Panolfo atribuyó su agitacion al poco trato del mundo, y tomando un aire de proteccion y de grandeza, quiso ostentar á la vista del jóven pintor su brillante situacion; pero este, herido en su amor propio, y volviendo á su altivez natural, contestó:

— Caballero, no creais que vuestro lujo ni vuestras riquezas pueden fascinar mis ojos: no es vuestro esplendor el que ahora me ha ofuscado, sino el de Dios, que me ha presentado la belleza de sus obras en su mas perfecta criatura.

Esta vez fué Laura quien se sonrojó y perdió toda su serenidad: sus miradas se encontraron con las del pintor, y reconocieron al jóven que un dia la habia seguido con muestras de la admiracion mas apasionada. Panolfo no observó nada de esta muda escena, y sin quererlo aumentó el interés que ya su hija habia concebido por el artista, porque mientras que él, dándose la importancia de un protector de las bellas artes, ultrajaba al pintor, ella con la ternura de sus miradas lo indemnizaba de su humillacion y le daba otro orgullo mas: el de verse amado.

— Dicen que no careceis de talento, exclamó Panolfo en tono de indiferencia.

El jóven inclinó la cabeza sin contestar.

— Pero sois pobre y estais obligado á trabajar para comer; veamos si mereceis el honor que quiero dispensaros.

El pintor se mordió los labios por no contestar, y volvió sus ojos hácia Laura: comprendió esta la súplica que encerraba aquella mirada, y le preguntó con un aire encantador.

— ¿Sois extranjero en Nápoles?

— Soy español, contestó él con orgullo: he nacido en Játiva, cerca de Valencia; pero hoy me considero como un hijo de la Italia: tan dulces son los sentimientos que me unen á este dichoso país. He visitado á Roma, Venecia, Parma, Florencia y todas las ciudades donde han florecido los genios de la pintura: ahora vivo en Nápoles, y juro desde hoy no abandonarla jamás.

Mientras que el pintor hablaba, Laura no podia disminuir la impresion que le causaban su fisonomía, llena de sentimientos, y sus hermosos y negros ojos.

— ¿Y se puede saber, preguntó Panolfo, porqué dais á Nápoles esa preferencia tan lisonjera?

— Ese es mi secreto, contestó el jóven algo turbado.

— Padre mio, repuso Laura, vuestra pregunta es indiscreta, este caballero tendrá alguna pasión...

— Sí, señora, interrumpió el jóven con calor, ¡y arrojándole una mirada de fuego: tengo una pasión en el fondo de mi pecho, una pasión que durará mientras viva!

Laura bajó la cabeza para ocultar el carmin que asomó á sus mejillas, y dos lágrimas que corrieron de sus ojos; y su padre prosiguió con mal humor:

— Dejemos eso: esa chiquilla me acusa de indiscreto, cuando ella lo es mucho mas que yo. Sentémonos y hablaremos del oficio: ¿qué partido quereis que os haga?

— Decid qué especie de cuadro debo hacer.

— Pues bien: sabed que el viento ha roto la muestra de mi almacén y querria otra mas digna de mí.

— ¡Una muestra! exclamó el pintor haciendo un movimiento para levantarse. Pero una mirada suplicante de Laura le detuvo á pesar de la indignacion que lo poseia.

— ¡Como!... ¿rehusariais? Esta es una ocasion brillante de daros á conocer, y si teneis talento, podréis hacer fortuna; mi reputacion será la vuestra, y por mí todos mis amigos os emplearán. En Nápoles hay muchas muestras que renovar, y si todos os pagan como yo... ¡veinte y cinco ducados!... ¡os parece poco!

— ¿Me dejaréis pintarla á mi antojo? preguntó el jóven despues de un acto de reflexion.

— Sí, con tal que sea una cosa brillante, que llame la atencion.

— ¿Y qué precio pagaréis por ella?

— Ya os lo he dicho, veinticinco ducados.

— ¡Gracias! contestó el jóven levantándose: si me hubierais preguntado el precio, os hubiera pedido ochocientos ducados; guardad los veinticinco, que la muestra no os costará nada. Veo que teneis razon; es preciso darme á conocer, y quiero aprovecharme de esta ocasion: podeis anunciar que tendréis una muestra del primer pintor de Italia: adiós, señora.

Y dejando á Panolfo confuso y aturdido, el jóven se dirigió á su casa, donde encontró á Beatriz extasiada delante de una talega de ochocientos ducados que un desconocido le habia entregado para su dueño.

Quince dias despues de esta entrevista, una multitud se hallaba reunida delante del almacén de cuadros de Cristóbal Panolfo. Los espectadores aplaudian llenos de entusiasmo y pedian á gritos el nombre del pintor que habia colocado á manera de muestra el magnífico cuadro del martirio de San Bartolomé. Cuando los primeros trasportes de admiracion se calmaron, la multitud contemplaba en un expresivo silencio y con un profundo sentimiento de terror, aquel pasaje sublime. El santo estaba echado sobre un costado, tenia los piés ligados y sostenidos por un verdugo. Su brazo derecho, que una cuerda tenia suspendido sobre su cabeza, habia sido ya destrozado por el hierro: otro verdugo, cuya fisonomía era espantosa y enérgica, metia con frialdad la mano por entre la piel y la carne ensangrentada de la víctima, que expresaba en su cara una mezcla admirable de la agonía del cuerpo y de la piadosa resignacion del alma. ¡Jamás habia sido pincel tan elocuente, jamás un tan grande objeto habia encontrado tan digno intérprete!

Panolfo estaba loco de contento con su muestra: la multitud crecia por instantes, y se confundía para admirar el cuadro. Entre los espectadores se hallaba una vieja, á quien la admiracion de los demás tenia tan absorta como su propia alegría.

— No hay duda que soy una bestia, murmuraba en voz baja; todos dicen que es magnífico, y sin embargo, mientras mas lo veo mas miedo me causa.

— ¡Es una obra maestra! exclamó un personaje ricamente vestido. ¿Porqué el autor no se da á conocer? No habria en Nápoles un pintor que no quisiera ser su discípulo.

— ¡El autor, el autor! gritaba el pueblo.

— El autor soy yo, dijo por fin presentándose á la multitud.

— Caballero, le dijo el personaje, si quereis fijaros en Nápoles, yo os prometo los honores y la fortuna de un príncipe.

Al oír esto Beatriz, á quien sin duda el lector ha reconocido ya, se lanzó hácia el desconocido, y poniéndose de rodillas exclamó:

— ¡Bendígaos el cielo! pero no le deis honores ni riquezas; dadle la felicidad; dadle la mujer que adora, la hija de Panolfo, ó de lo contrario morirá de desesperacion.

— La tendrá, yo os lo prometo.

— ¡Vos! gritó el pintor; ¿y quién sois vos?

— El conde de Monterey, virey de Nápoles; ¿y vos, caballero?

— Mi nombre no es todavía conocido; pero yo juro á vuestra alteza que algun dia resonará con gloria en mi patria y en Europa.

Ambos cumplieron su promesa: Laura llegó á ser la esposa del jóven pintor, y la España señala con orgullo entre sus grandes genios al inmortal José Rivera, conocido bajo el nombre del Españolito.

La Suecia y sus trajes nacionales.

La Suecia es hoy quizás la única parte de la Europa, ó por mejor decir, del mundo, cuyos usos, costumbres y trajes no se resientan del espíritu innovador de nuestra época.



Dalecarlia. — Habitantes de Rattwick.

Los desiertos del Nuevo Mundo con sus minas de oro, se han vuelto cosmopolitas; la India, la China y el Japón se transforman con la conquista de esos ávidos comerciantes que por nada se arredran; en las islas de la Oceania se habla el francés, y se copian los figurines de modas para obedecer al emperador Soulouque, ese tipo curioso que parece creado de intento para poner en ridículo la civilización moderna. El Oriente con su torpe reforma, pierde de día en día su antiguo y grande aspecto; y por último, la Alemania, la Italia, la Francia y la España con sus continuas revoluciones, cambian totalmente de fisonomía y de carácter. Ahora bien, si á esto añadimos el efecto que producen incessantemente esos grandes niveles de los ferro-carriles y de la mecánica que allanan los montes, colman los valles y transportan de un lado á otro del mundo las mismas ideas, las mismas fabricaciones, con usos y costumbres semejantes, entónces se acabará de comprender hasta que punto la vida de las sociedades modernas pierde de su antigua poesía bajo esa deplorable uniformidad. Aun la misma Prusia, para sostener su vasta influencia política, se ve obligada á tomar parte en ese movimiento general.

Hasta nuestros días, solo la inmensa península escandinava permanece insensible á estas agitaciones, tranquila como sus selvas de abetos, como el carácter grave rebozando nobleza y lealtad de los suecos, cuyo sencill-

lo y puro modelo no he podido ver en ninguna de mis largas correrías.

Pero no porque ese pueblo se halle exento de los ardores de la especulación, debemos sacar en consecuencia que está mas atrasado que los otros países. El campesino sueco es sin contradicción mucho mas instruido que la mayor parte de los aldeanos franceses, y la prueba es que en los rincones mas recónditos de la Suecia, no hay un solo habitante, por pobre que sea, que no sepa leer, escribir y contar. Todos están obligados á recibir esta educación preliminar, y la ley prohíbe el matrimonio á todos aquellos que no se hallaren en estado de llenar estos primeros deberes de un padre de familia, responsable de



Dalecarlia. — Mujer de Leksand.

pueblo de Suecia tan bueno y noble, del cual he conservado tan preciosos recuerdos, que no cambie jamás su probidad, su moral, sus virtudes patriarcales y la dulce paz de su existencia, por esa sed de fortuna que hace al hombre insaciable y le roba todos los demás goces é ilusiones.

Y ciertamente no faltan las riquezas naturales en ese suelo poderoso, en esa tierra que podría llamarse la tierra de hierro, ó *jarnbaraland*, como se dice en sueco, porque este metal abunda, ya nativo y á flor de tierra como en la provincia de Escania, y ya en filones, como en las inmensas canteras de Danemora. En una palabra, es aquello una inmensa cadena de hierro que se extiende desde el Sud hasta el fondo de la Laponia. Nosotros visitamos la mayor parte de estas minas, así como las de cobre en Fahlun y en Dalecarlia, las de plata en Konsberg, y tantas otras que contienen incalculables riquezas. Hasta los mismos rios se hallan tan impregnados de esos terrenos ferruginosos, que parecen rojos de sangre, lo que constituye una de las curiosidades de aquellos países. Pero detengámonos aquí para que no pueda acusárenos de haber querido despertar la avaricia de alguno de esos fabricantes de acciones siempre dispuestos á especular, y que en esta ocasión acabaría de destruir en su último asilo la paz y la tranquilidad del mundo.

Examinando una colección de trajes publicada en Estocolmo por M. Alberto Bonnier, he recordado estas regiones bellas y



Dalecarlia. — Mercader en piedras de amolar de Orsa.

la educación de sus hijos. Pero no se limitan á eso sus conocimientos: buenos agricultores y entendidos en la cria caballar; cazadores y pescadores inteligentes en medio de sus selvas y de sus lagos abundantes en caza y en pesca, los suecos en las largas veladas de invierno, se ocupan además en fabricar utensilios caseros, instrumentos, muebles y telas. En una palabra, todo lo que es útil no solo á las necesidades de la vida, sino también para el bienestar interior, se hace y se trabaja en familia. Hombres, mujeres y niños se ocupan en hilar y tejer telas, y la construcción de sus habitaciones, y todas estas tareas les comunican una destreza notable bajo muchos aspectos.

Si me fuera permitido dar consejos, desde luego aconsejaría á ese



Dalecarlia. — Pastora de Kettjerings.



Aldeanos de Elfdal.



Smalande. — Novios en Warend.

los torrentes. Acostumbran llevar el ganado á estos apriscos á fines de mayo, y le tienen en ellos hasta setiembre. Allí debe acudir todo el que quiera estudiar la vida pastoril de la Suecia, para admirar el valor de las jóvenes, que armadas únicamente con el hacha, combaten atrevidamente contra los osos que atacan sus rebaños.

En medio de esas soledades, al borde de esos hermosos lagos, la imaginación se impregna de esa poesía que tanto caracteriza al habitante de los bosques de Suecia. De esas bonitas chozas han salido las tradiciones bautísticas, los Sa-



Sudermania. — Habitantes de Wingaker.

pintorescas como pocas. Los trajes nacionales de las provincias de Suecia, litografiados por M. Weidel, parecen esas bonitas flores de los bosques y de los prados que crecen sin excitación ninguna; en la sencillez de las actitudes se conoce que la mano del artista no ha tocado aun tales figuras, y á lo ménos está uno cierto de que lo que tiene á la vista es verdadero y exacto.

M. Backman, el traductor del texto, principia naturalmente por la provincia que ha conservado con mas pureza hasta hoy su tipo primitivo, que es la Dalecarlia, departamento que ha ocupado efectivamente el primer rango en la historia de Suecia. Cuantas veces fué violada la libertad sueca, salieron de allí sus defensores; los Engelbrekt, los Sture y los Wasas hallaron en la Dalecarlia su fuerza, su apoyo y un asilo seguro durante la tormenta.

Los habitantes de la parroquia de Rattvik tienen fama entre todos por su fuerza, su hermosura y la pureza de su sangre. Su traje es sumamente notable por el brillo de sus colores, y por sus adornos de pasamentería, tejidos de plata y oro. Las mujeres de Leksand, una de las principales parroquias de la Dalecarlia, gastan un corpiño negro forrado de escarlata, sobre una camisa blanca como la nieve, cuyas mangas rectas y anchas, á la manera de las camisas orientales, se hallan bordadas á veces con hilos encarnados, así como el cuello y el pecho. Aquí el color de luto es amarillo, así como en Scania es azul celeste.

La joven de este país que se ve en nuestro dibujo reúne su ganado tocando en su cuerno una especie de ranz, cuya melodía está llena de encanto, porque dirémos en forma de paréntesis, que los suecos se hallan dotados de un vivo sentimiento musical.

Después vienen los trajes de Orsa, país muy afamado por sus canchales de piedras de afilar. El distintivo del traje de esta provincia consiste en el cinturón de cuero. En la lámina siguiente vemos uno de esos apriscos que, en Suecia lo mismo que en la Suiza, se hallan muy distantes de los grandes centros de población; únicamente aquí, en vez de estar colocados en los montes, se hallan en medio de las selvas, á orillas de los lagos y de



Campamento de Laponeses.



Uplande. — Habitantes yendo á una feria.

gas de los tiempos antiguos, y las encantadoras melodías, fiel expresión de la naturaleza grandiosa, nueva y desconocida que las provoca.

En la parroquia de Elfdaken (el valle del río) los habitantes saben esculpir la madera y el pórfido de un modo muy notable, debiendo advertir aquí que el pórfido de esta comarca no le cede en hermosura al asiático. — Esta parroquia es también célebre por sus brujos, ó mejor dicho por sus iluminados.

Dejemos ahora la Dalecarlia y entremos en la provincia de Smalande. La parroquia de Warend, que es su centro, es la mas montañosa y la mas rica en sitios pintorescos; todos los monumentos que se hallan en ella, así como sus tradiciones, tienen el sello de una antigüedad remota. Los trajes femeninos se distinguen por su riqueza: los chales de seda bordados de oro, cuyas puntas penden de las caderas, van cubiertos con un cinturón terciado de plata que rodea el talle, y este cinturón guerrero es una prerrogativa que la tradición hace subir á los tiempos del paganismo. Habiendo invadido la provincia los daneses durante la ausencia del rey Atla, que salió con toda su gente á pelear contra el enemigo, una joven llamada Blenda concibió el atrevido plan de armarles un lazo.

En efecto, secundada por todas las mujeres, dispuso un banquete á orillas del lago, y luego envió mensajeros á los daneses para felicitarlos y decirles que, abandonadas de sus maridos, se ofrecían á ellos como esposas. Los soldados hambrientos viendo todo el valle de Bravalla cubierto de víveres y de licores, se arrojaron ávidamente á disfrutar de aquel festín, y luego, sucumbiendo á la embriaguez y al cansancio, se durmieron con la mayor confianza. Entonces Blenda dió la señal á sus compañeras, y todas juntas degollaron sin piedad á sus enemigos, y les echaron al lago.

En recompensa de este hecho se concedió á las mujeres de Warend el derecho de heredar á partes iguales con los hombres, de tener en sus bodas una música militar, y de llevar el cinturón ó tahali de guerra, gozando además otras varias prerrogativas.

Wingaker está situada á la extremidad occidental de la Suder-

mania. Los habitantes tuvieron antiguamente bastante celebridad como piratas; visten de paño blanco forrado de escarlata.

Los campesinos de Upland no tienen nada de particular en su traje, que se resiente de la influencia de Upsala, su antigua capital, y de Estocolmo, que dista pocas millas.

Pero ahora vamos á transportar al lector en medio de los lapones, raza inofensiva hasta el último grado. El dibujo de M. Weidel es muy exacto, pero no podemos decir lo mismo de la descripción del país que le acompaña.

Desde luego se conoce que el autor no lo ha visto, porque si hubiese atravesado dos veces esos desiertos, como nosotros, no diría que es un país de montañas donde hay pocos ríos, y que los valles se hallan adornados con selvas profundas, cuando por el contrario hay anchos ríos que corren abundantemente por la superficie llana de la tierra, por medio de pantanos y de desiertos, cuyas selvas profundas se componen de arbustos de medio pie de alto.

No nos extenderemos hoy á hablar de la estatura, trajes, usos y costumbres de los lapones; bástenos decir que lo que mas nos ha llamado en ellos la atención ha sido su tipo oriental, y el carácter mogol de su rostro, de su lengua y de sus hábitos.

A. DE B.

Los siete Vagabundos.

RECUERDOS JUVENILES.

Un día que me paseaba á pié (era en la primavera de mi vida y en la estación de verano) llegué á un sitio donde tuve que elegir entre tres direcciones. En frente tenía el camino principal que llegaba á Boston, á la izquierda había otro camino que desembocaba en la mar, y que había alargado mi excursión la friolera de veinte ó de treinta millas, y por último marchando á la derecha hubiera llegado al Canadá, atravesando lagos y montañas, pasando por la célebre ciudad de Stamford.

Sobre una praderita de verde césped ví un objeto que me recordó la casa portátil de Brobdignag, á pesar de que su principio locomotor era distinto. Este objeto era un espacioso carruaje cubierto, ó mejor dicho, una casita giratoria con una puerta por un lado, y por el otro con una ventana adornada con colgaduras verdes. Dos caballos estaban comiendo su ración en unos cestos, atados á algunos pasos del vehículo de donde se escapaban los sonidos de una agradable música. Yo supuse al momento que aquello sería algún espectáculo ambulante emboscado en la encrucijada de aquellos caminos para llamar la atención de los transeúntes. Hacia un rato que se iba acercando hácia aquel sitio un grueso nubarrón procedente del Oeste con un aspecto tan terrible, que me pareció prudente buscar un asilo en aquella casilla portátil.

— ¿Qué gente anda por ahí? ¿se ha dormido el portero? exclamé subiéndome dos ó tres escalones que había á la puerta del carruaje.

Al ruido de mi voz cesó la música, y se presentó á la puerta no la especie de figura con que había yo gratificado al director de aquel teatro ambulante, sino un respetable anciano que sentí mucho haber interpelado con tan malos modos. Llevaba una levita de color de tabaco, calzon corto y botas de campana, con la vuelta blanca, y tenía esa serena dignidad de aspecto y de modales que suelen tener por lo común los maestros de escuela en edad avanzada, los mayordomos de casas pobres y otros personajes de esta calaña. Una moneda de plata me sirvió de pasaporte para penetrar en su propiedad, donde no hallé mas que otra persona cuyo retrato haré mas adelante.

— ¡Mal día para mi industria! dijo el anciano introduciéndome en su domicilio; pero solo me he detenido en este punto para que descansan mis caballos, pues voy camino de Stamford.

La covachuela movidiza que sirve de argumento á esta verídica narración, andará recorriendo todavía la Nueva Inglaterra, y varios de mis lectores tendrán quizás ocasión de juzgar si mi descripción es exacta. El espectáculo consistía en una porción de personajes diminutos (no quiero emplear la indigna palabra de muñecos) reunidos en un teatrillo. Había allí artesanos de todas clases en las diferentes actitudes de sus tareas, y un grupo de hermosas parejas, señoras y caballeros, dispuestos á entrar en baile. Una compañía de soldados formaba una línea que pasaba por toda la escena, pero feos y terribles que daban miedo, aunque su estatura se reducía á tres pulgadas. Un payaso sobresalía entre todos por su sombrero puntiagudo y el traje pintoresco propio de su oficio. Todos los habitantes de aquel mundo mímico se hallaban inmóviles como las figuras de un cuadro, ó como personas que á la mejor se hubiesen convertido en estatuas, quedándose eternamente en la actitud que requiere un trabajo que no acabarán nunca, ó una diversion que se les acabó para siempre. Pero de pronto el viejo se puso á dar vueltas á la manecilla de su organillo, cuya primera nota animó todas aquellas figuras que entraron al punto en el ejercicio de sus ocupaciones ó de sus placeres. Obedeciendo

al mismo impulso, el sastre manejaba la aguja, el herrero pegaba en el yunque con el martillo, y los bailarines hacían piruetas, ligeros como plumas. La infantería se rompió en pelotones, se retiró de la escena, y en su lugar entró un escuadrón de caballería, metiendo tanto ruido con sus trompetas y caballos, que aun el mismo Don Quijote se hubiera asustado, en tanto que un viejo borracho se ponía la botella en la boca y echaba un sorbo de padre y muy señor mío. Sin embargo, el payaso empezaba á hacer gestos y á tirarse por el suelo meneando la cabeza y torciendo los ojos como para ridiculizar las operaciones de los otros y burlarse de su tontería. Por último, el viejo mágico (pues yo comparé el director de este teatro á Próspero (1) divirtiéndolo á sus huéspedes con una procesion de fantasmas) se detuvo para darme tiempo á que le manifestara la admiración que se había apoderado de mi ánimo.

— ¡Es una obra sorprendente! exclamé alzando las manos con asombro.

Efectivamente el espectáculo me agradaba, y también me lisonjaba la gravedad con que el pobre anciano llenaba sus funciones de presidente, porque jamás ha entrado en mí el criticar las ocupaciones que llamamos inútiles en este mundo de vanidades. Si poseo alguna cualidad con mas perfección que la mayor parte de los hombres, es sin duda alguna la de ponerme en el pellejo de otro, como se dice vulgarmente, facultad á cuyo beneficio puedo apreciar el valor de las diferentes condiciones de los hombres. Hubo un momento en que casi me puse á envidiar la existencia de aquel anciano. ¿Y por qué no? ¿Acaso no tendría en la vida que llevaba mil aventuras agradables? Parecíame verle dirigiendo su casilla portátil, unas veces por los arenales del cabo Cod, y otras por los malos caminos de las selvas del Norte y del Este, deteniéndose en la verde yerba ante una iglesia de aldea, ó sobre alguna plaza empedrada de la metrópoli. ¿Cuántas veces su corazón había debido participar del placer que experimentaban los niños contemplando sus actores! ¿Cuántas veces debió lisonjarse su orgullo haciendo á hombres maduros algún discurso sobre las fuerzas mecánicas que producían unos efectos tan maravillosos! Y por último, ¡en cuántas ocasiones se habría despertado su galantería recibiendo la visita de guapas muchachas, porque la galantería es una cualidad que poseen hasta los mas graves personajes! Y despues, ¡qué felicidad puede compararse á la suya, al entrar de tiempo en tiempo, cansado de tantas correrías, en su hogar doméstico!

— ¡Ojalá tuviese yo segura una existencia tan dichosa como la suya! pensaba yo para mí mismo.

El carruaje aquel podía contener unos quince ó veinte espectadores; pero en aquel momento no estábamos mas que el dueño, yo y otro individuo al que eché una mirada cuando entré. Era este un jóven de veintidos ó veintitres años; su sombrero blanco y su levita verde con cuello de terciopelo, estaban servibles todavía; sus anteojos verdes, que parecían inútiles para sus ojos pequeños y brillantes, le daban cierto aire de literato erudito. Despues de haberme dejado tiempo para que observara los títeres, se vino á mí, me saludó y llamó mi atención sobre algunos libros que había en un rincón del carruaje, que principió á elogiar con palabras tan sonoras y una ingenuidad tal, que al punto se granjeó mis simpatías, pues debo decir aquí que también soy un crítico de los mas indulgentes. El hecho es que aquello necesitaba recomendación; había allí muchos antiguos amigos míos, ciertas novelas que me recordaron aquellos dichosos días en que dividía yo mi admiración entre los *Jefes escoceses* y el *Petit-Poucet*, con otras de fecha mas reciente, y cuyas no había querido reconocer el público todavía. Y me gustó mucho hallar también aquel respetable tomito, *las Horas de la Nueva Inglaterra*, con su aspecto de antigüedad, aunque estaba ya en su milésima edición. Una porción de libros viejos con canto dorado y llenos de estampas me agradaron tanto, (¡qué niño era yo entonces!) que los compré todos, por su lujo de encuadernación, y porqué contenían cuentos de hadas y hechiceros. Un surtido de baladas y de canciones populares aligeró también un poco mi bolsillo; pero para neutralizar el efecto de estos gastos, no toqué á los sermones ni á los libros de ciencia ó de moral, aunque había de estos muchos volúmenes, ni tampoco á una *Vida de Franklin* impresa en papel de estraza, pero tan bien encuadernada, que me ofrecía el emblema exacto de lo que habría sido el mismo doctor con la casaca de corte que no quiso ponerse en París; y por último dejé también un *Abecedario de Webster*, algunos poemitos de Byron, y una media docena de pequeños *Testamentos* á real cada uno.

Todos estos libros podían ser procedentes de alguna buena librería, ó quizás el buhonero se había hecho con ellos en alguna almoneda; pero en aquel momento me alargó con un ademán tan singular un folletito con cubierta azul, que al punto le dí por él lo que me pedía, con la idea de que me hallaba por primera vez en presencia del autor de un libro impreso. Como mi hombre se había mostrado tan afable conmigo, me atreví á preguntarle á dónde iba.

— ¡Oh! me respondió, vengo acompañando á este caballero, y nos vamos á Stamford.

El librero había alquilado un rincón del carruaje para su biblioteca, que, según él me dijo, era una verdadera *biblioteca ambulante*, ó sea gabinete de lectura, que había circulado por todos aquellos países. Al instante me puse á calcular en mi interior los grandes y nume-

rosos goces de que debía hallarse sembrada la vida de un buhonero, sobre todo si era como aquel que estaba en mi presencia. Ya debe contar por mucho el placer cotidiano, y que se repite casi á todas horas, de excitar la admiración del transeúnte sorprendido al ver un literato que recorre los pueblos en un carruaje de titiritero, pero hay otro triunfo mejor y mas frecuente aun, que es el que pueda obtener en una conversacion con un sacerdote anciano, que vegetando largos años en una colonia perdida en medio de las rocas, de los bosques y de los lagos, despues de haber enriquecido sus estantes con los sermones de la librería ambulante, aconseja de repente á su dueño que entre en el colegio, dándole la esperanza de ser luego el primero de su clase.

Mas suaves y nobles son sus emociones cuando hablando de poesía al vender silabarios, llega á recrear el ánimo, y quizás á interesar el corazón de alguna linda maestra de aldea, poetisa también aunque sin los honores de ello, cosa que todo el mundo ignoraba. Pero su gloria principal es, cuando parada la casilla por la noche, el buhonero transporta sus libros al comedor de una posada atestado de aldeanos. Entonces se le presenta la ocasión de ponderar al viajero que llega de la ciudad, al carretero, al rústico campesino, al mismo posadero ó á los mozos de la casa, las obras adecuadas al gusto é inteligencia de cada uno de estos personajes, probando por medio de sus agudas observaciones que tiene aun mas talento en la cabeza que en los libros que vende.

Disfrutando de esta felicidad, recorre el buhonero campos y ciudades, ora como un heraldo que precede la marcha del Espíritu humano, ora unido amistosa y estrechamente con esa venerable que llaman Literatura, recogiendo una buena cosecha de popularidad real y bien sentida que jamás alcanzará la oruga solitaria, como esos volúmenes, sin embargo que vive del producto de su trabajo.

— Si algún día me doy á la literatura, exclamé tomando una resolución irrevocable, solo será en calidad de mercader ambulante de libros.

Aunque no eran aun mas que las tres, el cielo estaba oscuro por todas partes, y poco rato despues oímos las primeras gotas de lluvia que cayeron sobre el techo del carruaje, con un ruido semejante al que habría producido una bandada de pájaros que se hubiesen parado á descansar sobre nosotros. Dos armoniosas voces llamaron en aquel momento nuestra atención, y un instante despues apareció en la escalerilla una linda jóven con el rostro sonrosado y fresco, y los ojos tan resplandecientes de alegría que, aun en medio de la oscuridad en que nos hallábamos, creí ver dos rayos de sol que salían por debajo de su sombrero. Despues distinguimos un hermoso jóven moreno que ayudó á la señorita á entrar en el carruaje con una galantería extremada.

Cuando entraron con nosotros los dos forasteros, pude convencerme de que su profesion era análoga á la de los otros, y me agradó muchísimo el ver los modales mas que hospitalarios, debería decir casi paternales, del anciano director que salió á recibirles, en tanto que el librero ofrecía un puesto en su banquillo, á la jóven de los hermosos ojos.

— Si tardais cinco minutos mas, amiguitos míos, ya teniais encima toda el agua del cielo, dijo el dueño del carruaje.

En la respuesta del jóven se conoció que era extranjero, no porque su lenguaje estuviera reñido con el buen acento y con el buen inglés, sino por el contrario, porque parecía mas afectado que si hubiese poseído familiarmente nuestra lengua.

— Vimos que iba á llover á cántaros, contestó, y nos pusimos á deliberar si nos refugiáramos en la casa que veis allí en la cúspide de la colina, cuando distinguiendo vuestro carruaje en el camino...

— Quisimos ampararnos en él, interrumpió la jóven sonriendo, porque nos gusta mas estar en una casa ambulante como esta.

Sin embargo, acometido por una porción de ideas diferentes, yo examinaba atento este par de palomas que se habían refugiado en nuestra arca. El jóven, alto y vigoroso como un atleta, tenía la tez morena y sonrosada las mejillas; su hermoso rostro se hallaba adornado con bucles de cabellos negros y brillantes, y si su fisonomía no tenía mas expresión que las de nuestros plácidos compatriotas, á lo ménos era mas animada, y llamaba mas la atención. En cuanto entró dejó en el suelo un cajón de caoba que llevaba, de unos dos pies cuadrados, pero ligero en proporción de su volumen.

La jóven era casi tan blanca como la mayor parte de las beldades de nuestro país, aunque en sus mejillas resplandecía un bonito matiz de color de rosa. Su ligereza, á cuyo beneficio parecía que podía atravesar sin cansarse todo el universo, era muy adecuada á la viva alegría que se veía en su rostro; y su bonito traje en que se veían combinados los matices del arco iris, el verde y el naranja oscuro, le sentaba tan bien, que parecía imposible que pudiera gastar otro. Esta graciosa jóven llevaba un violín, que al punto tomó de sus manos su compañero para templarle. Ninguno de nosotros necesitó preguntar cuál era la profesion de aquella pareja, pues mil veces hemos visto gentes análogas en las revistas, elecciones, exposiciones, mercados y demás alegres *meetings* de nuestra grave patria. Tengo yo un amigo que sin duda se sonreirá al leer esto, pues le vendrá en mientes una hazaña de nuestra caballería juvenil, en que arrancamos de las manos de una turba de vigorosos tunantes, el panorama de cuadros con que

(1) Personaje de la *Tempestad* de Shakespeare.

ganaba su vida una pareja como la que teníamos delante.

— ¿Con qué vamos á ver juntas todas las maravillas del universo? pregunté á la jóven del traje pintoresco.

La jóven comprendió al instante la metáfora, y sin embargo, no me habria desagradado que la jóven hubiese tomado á la letra mis palabras consintiendo en ponerse en camino conmigo. Se armó la caja de caoba, y yo apliqué mis ojos á la ventanilla; la jóven se sentó á mi lado, y me fué dando explicaciones á medida que iban pasando los cuadros. Juntos visitamos, á lo ménos con la imaginación, una porción de ciudades célebres, por cuyas calles hacia mucho tiempo que yo tenia ganas de pasearme. Me acuerdo aun que estábamos en el puerto de Barcelona, cuando de repente pasamos por los aires á Sicilia, y nos pusimos á contemplar el Etna arrojando llamas; de allí tomamos nuestro vuelo para Venecia, y nos embarcamos en una góndola, bajo el puente de Rialto, y despues asistimos á la coronación del emperador Napoleon. Pero entre todos esos cuadros habia uno que la jóven no me pudo explicar, y que cautivó mi atención mas que todas las iglesias y palacios célebres, porque habia yo visto el año anterior un templo igual en un sitio semejante, una garganta rodeada de pinares en medio de nuestras verdes montañas. Estos cuadros eran bastante buenos, aunque no tanto como las sencillas descripciones de la jóven, pues debo decir en honor de la verdad, que parecia imposible que explicase todas aquellas cosas en tan pocas palabras y de un modo tan gracioso, en una lengua que no era la suya.

— ¿Y á qué punto os dirigís ahora, hermosa jóven? la pregunté.

— ¡Oh! me respondió ella, ¿á dónde va el viento del verano? Vamos por todas partes; hoy mismo hemos sabido que en estos lugares habia fiesta, y quizás serémos bien recibidos en Stamford.

Yo era jóven entónces, y al oír aquella voz armoniosa que resonaba en mis oídos, dejé escapar un suspiro, pues me parecia que nadie mas que yo habria debido ser el compañero de aquella amable jóven cuyo género de vida realizaba á mis ojos las novelescas visiones que estaban bien guardadas en mi memoria desde mi niñez. Para aquellos dos extranjeros, el mundo estaba en su edad de oro, y no porque fuese para ellos ménos sombrío y ménos triste, sino porque sus enojos y dolores no tenían nada de comun con su etérea naturaleza. Donde quiera que llevaban sus ligeros pasos, la juventud gozaba con sus goces, la edad madura descansaba un instante de sus cuidados, y la vejez dejaba escapar al verlos una sonrisa que alegraba un instante sus arrugas. La choza aislada, la callejuela estrecha y oscura, la sombra y las tinieblas se iluminaban con un brillo momentáneo, como el rayo que se refleja en nosotros, cuando aquellas alegres criaturas estaban á nuestro lado. ¡Dichosa gente que tenia la tierra entera por morada! Me miré los hombros, y ví que eran anchos y robustos para poder llevar encima todas aquellas montañas y poblaciones pintadas; mis piés eran listos y tan incansables como las alas del pájaro del paraíso; por último, mi corazón no conocia la zozobra, y habia hecho cantando aquellos viajes.

— ¡Oh, hermosa jóven! exclamé, ¿porqué no habeis venido sola!

(Se continuará.)

RECUERDOS DEL BRASIL.

Rio-Janeiro

VISTO DE NOCHE DESDE EL PICO DEL CORCOVADO.

I.

Reina de la América Meridional, ciudad del amor y de la poesía, Rio, encantadora beldad, cuyo eterno frescor y belleza envidiarían las mas celebradas, ¿quién al contemplarte tendida en tus arenas de oro, cubierta á medias por un manto de esmeralda, como serpenteando por entre los millares de arbustos y vegetales que coronan tus lujosas montañas, de las cuales baja, al declinar la tarde, la brisa perfumada con los efluvios de los plátanos y *coco-nayas*, de los cafetales y *mangueras*, de los *louros* y naranjos; ¿quién no se siente conmovido y dulcemente dispuesto á la meditacion y á la melancolía?

¡Oh! cuán bella eres al trémulo rayo de la luna, y vista desde cualquiera de las escarpadas eminencias que desde el morro de Santa Teresa hasta la gigantesca cima del Corcovado, detienen involuntariamente al fatigado viajero, y le recomensan con usura las incomodidades y penurias del camino!

II.

A tu alrededor todo es grande y magnífico: se pierden de vista las inmensas florestas, abrumando las montañas, á quienes visten desde la frente hasta los piés, y solo entrecortadas por algun brazo de la ciudad, el mar, algunas islas, ó una que otra habitacion perdida en aquel océano de verdura. Los ojos giran en él fatigados y como buscando un centro donde posarse.

Las apiñadas copas de tantos árboles, miradas desde la altura y favorecidas por la sombra de los montes cercanos, ó la luz que vierte á raudales la luna llena, imitan los mas peregrinos objetos, á los que presta forma, vida y movimiento la imaginación fascinada. Ora semejan las aceradas lanzas de un escuadron que huye á escape en desórden; ora los enhiestos plumajes, las ondeantes crines de una tribu de los hijos del desierto: tan pronto las agolpadas olas del Océano, abalanzándose unas tras otras, como los entreabiertos fiancos de un dilatado valle: ya la extendida planicie de una llanura, ya las fragosidades, las asperezas, los precipicios y derrumbaderos de una sierra impenetrable... todo esto y mas ven los ojos, á medida que se hunden y recorren en todas direcciones, de Norte á Sur, de Este á Oeste el vasto horizonte que los circunda.

III.

El corazón mas frío, la imaginación mas prosáica, ceden sin que se aperciban al irresistible influjo de las mil impresiones que en un momento sacuden y electrizan todo su ser. El melancólico ruido de los riachuelos y cascadas, el apagado murmullo del aura entre las hojas, el triste y melodioso gemido del mar cercano, forman juntos una armonía, un misterioso lenguaje que el alma sola comprende, reconcentrándose y replegándose sobre sí misma, como si evocase los recuerdos mas íntimos, los afectos mas caros, los secretos mas recónditos de su existencia feliz ó desgraciada.

IV.

Aquel rumor confuso, purificándose á medida que se eleva de la tierra como la oración de los fieles al subir al trono del Altísimo, remeda el grito de todas las miserias y felicidades humanas; resuena como un himno lúgubre y báquico á la vez, que hace vibrar una á una todas las cuerdas del corazón, hondamente conmovido por el silencio de la noche, por la severa pompa y majestad de una naturaleza imponente y grandiosa, y sobre todo, por la inspiradora tristeza de la soledad y el misterio.

V.

Todo conspira para fascinarnos: las luces de las habitaciones distantes, esparcidas en redor, se confunden con las de millares de insectos luminosos que cruzan el aire á manera de estrellas volantes, y con las mismas estrellas del firmamento. Magnífico cuadro que nos transporta á las regiones del infinito, y que nos haria creer que cruzabamos el espacio con las alas del Arcángel, si no vieramos de cuando en cuando clarear el horizonte, ardientes ráfagas de lumbre, y argentar la desnuda Peña que corona la aguda punta de la montaña, que sirve al viajero como de fanal y norte.

VI.

A medida que se sube, y al través de los claros que deja la arboleda en sus ásperas gargantas y caprichosas circunvalaciones, se ve en lontananza como una sábana de plata, el mar tranquilo, reflejando en sus aguas los innumerables pabellones y gallardetes de cien pueblos diversos; y allá hacia la barra, alguna que otra vela casi imperceptible, alguna pobre *jangada* resbalando sobre la tersa faz del dormido elemento... resbalando como una exhalación, circuida de un rocío de fuego, producido por el choque y efervescencia de las partículas fosfóricas de las ondas, que saltan en menudas chispas, al abrir paso á los cruzados leños que forman el batel, y al rápido impulso de la corta pala, que con tanta destreza como velocidad manejan los míseros negros pescadores, ansiosos de evitar las corrientes y la fuerza de la marea que los arroja á la costa.

VII.

¡Oh! ¡cuántos golpes de vista sorprendentes, cuántos encantadores paisajes, que trasladados al lienzo dignamente bastarían para inmortalizar á un artista, capaz de concebir y expresar tales maravillas, no se presentan en los infinitos giros, vueltas y revueltas, subidas y bajadas que es forzoso dar antes de llegar al término del camino! Praia-Bermelha, la Gloria, Nicterohy, Catumby, Saõ Christobão, Ponta do Cayú, la Gavia, el jardín Botánico, la misma ciudad de Rio-Janeiro, con sus interminables y hendidos cerros, sus ostentosas calles, sus lujosos edificios, su hermoso campo de Santa Ana, su espléndido paseo sobre el mar, sus fortalezas é islas erizadas de cañones, sus pintorescos barrios de la Gamboa, Matacabalos y Botafogo, ofrece ancho campo para que campeen grandes y originales el genio y la inspiración del poeta, brinda riquísimos y vírgenes colores para que el artista humedezca sus pinceles, y despierta ideas dignas de preocupar al pensador y al filósofo.

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

Los niebelungen.

Hoy que en nuestro país comienza á despertarse cierta afición al estudio y conocimiento de la literatura alemana, creemos que nuestros lectores verán con gusto

el argumento de uno de los poemas mas importantes que se han escrito por los hijos del Norte, el cual lo tomamos del *Compendio doctrinal de la historia de la literatura alemana*, escrito por el doctor G. Weber, profesor de historia en Heidelberg, traducido de la quinta edición (por apéndice al doctrinal de la *Historia universal del mismo autor*), en correspondencia con el doctor, por D. Julian Sanz del Río: ya de este trabajo se han ocupado para elogiarlo diversos periódicos. Dice así:

Sigfrido de Flandes llega con un acompañamiento numeroso á Worms para libertar á Krimhilda, hermana de Guntero, rey de Borgoña. A su llegada cuenta Hagen, escudero de Guntero, los hechos valerosos de Sigfrido, que ha vencido la nación enana de los Niebelungen, conquistando un rico tesoro con un paño que vuelve invisible al que lo lleva, y ha muerto un dragon con cuya grasa, untándose el cuerpo, lo ha hecho córneo é invulnerable. Despues de algun tiempo quiere Guntero pretender á Brunihilda de Irlanda, la cual dotada de extraordinaria fuerza, manda matar á todo hombre libre á quien vence en la lucha. Sigfrido ayuda en esta empresa á Guntero sirviéndole de escudero, alcanzándole la victoria y la mano de Brunihilda, mediante su vestido invisible y su gran fuerza. En premio recibe Sigfrido á Krimhilda por esposa, y vuelve con ella á su tierra. Al cabo de algunos años Sigfrido y Krimhilda visitan á sus parientes de Worms. En esta visita disputan las dos reinas sobre la primacía de sus maridos, y la delantera en la procesion. Krimhilda irritada de ver á Brunihilda, llama á Sigfrido, vasallo de Guntero, le echa en cara que ella solo por la ayuda de su marido es esposa de Guntero. Furiosa de esta injuria, y mas todavía del engaño hecho con ella, medita la venganza, é incita á su escudero Hagen á matar al noble Sigfrido. Bajo el pretexto de defender á este en una guerra cercana, arranca Hagen á la confiada Krimhilda el secreto del lugar en que su marido no podia ser herido, y acecha el momento en que Sigfrido apaga la sed en una fuente, lejos de su compañía, para traspasarlo. El asesino, añadiendo el insulto á la muerte, presenta el cadáver delante del cuarto de Krimhilda, que reconoce luego al malhechor. Desde este dia muda enteramente la reina: la dulce timidez que hasta allí la adornaba, se convierte en odio implacable y pensamientos de venganza. Este pensamiento y las lágrimas por su amado esposo llenan únicamente su alma durante años.

Entre tanto el atrevido Hagen le hace una nueva ofensa. Persuadido por sus hermanos Krimhilda envía á Worms el paño maravilloso de los Niebelungen; pero en el camino Hagen roba el tesoro á sabiendas del rey, y lo arroja en el Rhin para que la reina no lo emplee contra el asesino de su esposo. De aquí, pasado un tiempo, el rey Etzel (Atila), de Hungría, pretende la mano de Krimhilda. Esta admite la pretension, en la que ve el medio de vengarse de Hagen. Parte pues para Hungría, y pasados algunos años convida á sus parientes de Worms á visitarla. En vano se opone al viaje Hagen, cuya alma criminal se endurece mas cada dia. El prevé su muerte y la de los suyos; pero se junta impávido al acompañamiento y añade crimen á crimen. Sin embargo Hagen es siempre un gran carácter, que no desconoce á veces la tierna amistad (como demuestra la bella escena en que acompaña en la guardia al pueblo: los Fiedled), y al lado de un Rudigen y Dietrig, manifiesta sentimientos caballerosos y nobleza de alma. Solo contra Krimhilda tiene un corazón criminal. La irrita de intento; la habla de Sigfrido, cuya espada lleva al lado; declara su asesinato, y al darse la señal del combate, comienza con la muerte del hijo de la reina. ¿Qué extraño que Krimhilda se convierta en una furia? Su venganza se dirige primero solo contra el asesino de Sigfrido; pero haciéndose la guerra general y violenta, en la que por el valor de Hagen y de los borgoñones caen de los suyos unos tras otros, no se detiene entónces ante el último crimen.

Dietrig, que se halla con sus amelungen entre los hunnos de Atila, se apodera por último de Hagen y Guntero, y los lleva encadenados delante de Krimhilda. La reina manda matar á su hermano, lleva por los cabellos la cabeza ensangrentada de Hagen, y le corta por último la cabeza con la misma espada de Sigfrido. Horrorizado del crimen el viejo Hildebrando, mata tambien á la reina. Solo tres, Atila, Dietrig é Hildebrando sobreviven á la catástrofe sangrienta y lloran la muerte de los héroes. Esto último forma el contenido del *Duelo* (lamentación), que sigue por apéndice al poema.

La Alsacia.

Cada vez que Luis XIV dictaba las bases del convenio que restituía la paz á la Europa, como Brennus, echaba la espada victoriosa en la balanza, y engarzaba una nueva joya, rescate del vencido, en la corona de Francia, de este modo, el tratado de Westfalia produjo la reunion de la Alsacia, y la paz de Riswick incorporó á Francia la ciudad libre é imperial de Estrasburgo.

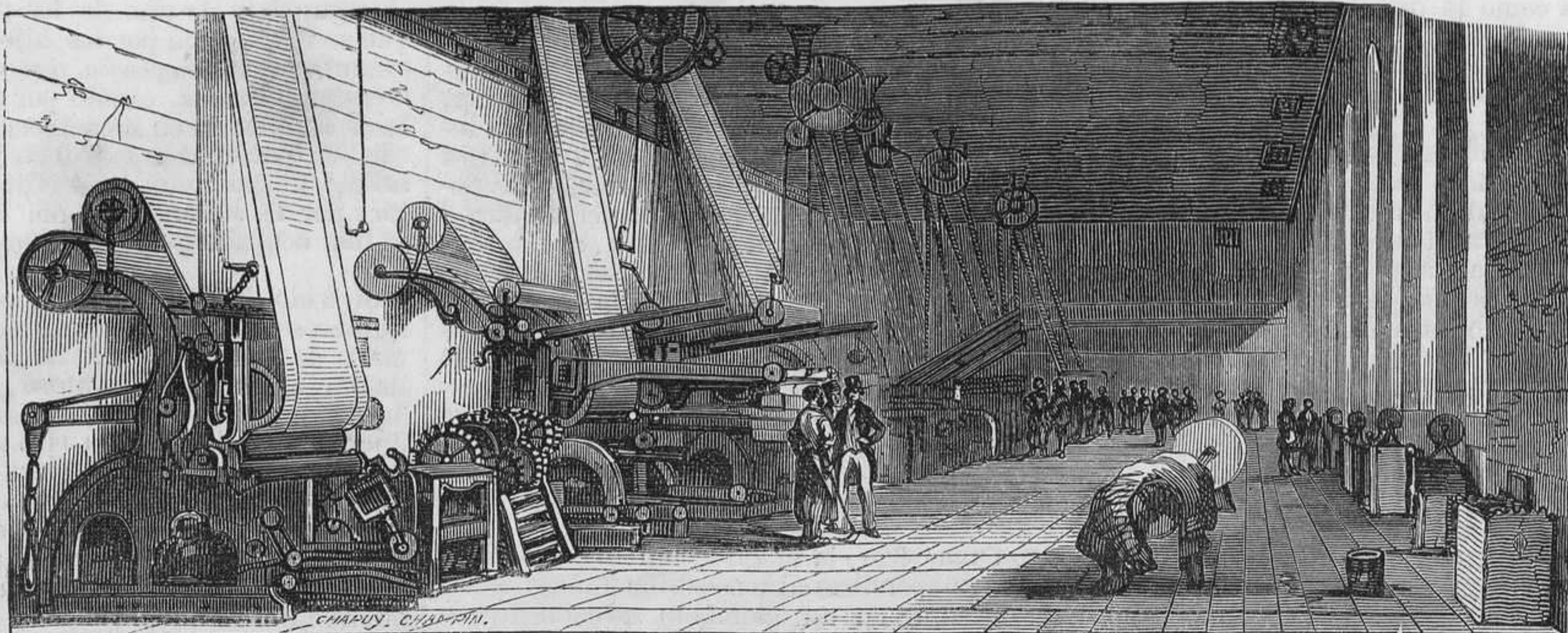
Caminando á través del rico y pintoresco valle que se extiende en un trayecto de doscientos kilómetros entre el Rhin y los Vosges, sembrado de pueblos y ciudades florecientes, no se extraña que hayan sido necesarios para conquistarlo, capitanes como Turenne y Condé, diplomáticos como Richelieu y Mazarin, para

conservarlo, en fin, un monarca, llamado Luis XIV. En aquella ocasion excitaba muchos celos entre los príncipes, esa Alsacia, tan disputada y hecha girones por los vencedores. Pero el espectáculo que hechiza hoy al viajero, y al pintor que enriquece con él su album, era lo que ménos preocupaba á los regios competidores. Poco atendian á los palacios asentados sobre las colinas, ni á los bosques de perfumados pinos que guarnecian las laderas, con eterna verdura. Poco les importaba el traje peculiar de sus paisanos, los dorados vinos de Wolxheim y Ribeauville, ni la soberbia flecha de Estrasburgo, ó el admirable aspecto de las tumultuosas ondas del Rhin, nutrido por los hielos. El genio del conquistador pide otros atractivos á las creaciones de la naturaleza y el arte. La Alsacia, pues, debia poseer el secreto de su encanto, porque el arquitecto del globo, que ha enclavado este país entre dos formidables obstáculos, lo ha convertido en una magnífica posición militar.

Al Oriente, le ha dado por límite un rio ancho y rápido, que en los dias de su cólera, se burla de puentes de madera y de barcos; al Occidente, una triple cadena de montañas, que solo necesitan un fuerte para impedir el paso; en una palabra, la ha dotado de líneas de defensa que valen tanto como ejércitos. Además, pródigo en su obra, la ha poblado de hombres robustos, industriosos, agricultores, que gustan de la guerra y el caballo. Y esta es la razón por qué combatieron tan encarnizadamente por poseerla el imperio germánico y la Francia.

Pero si la civilización habia hecho alemán tal país, la naturaleza lo habia hecho francés; por su configuración geográfica, por el Rhin, en otros tiempos barrera de la Galia, por los sentimientos de sus habitantes, que tiene el espíritu de los gaulas, y se podría añadir, por sus mujeres, enteramente francesas.

En tiempo pues de Luis XIV las cosas tomaron su curso natural, y para que la Alsacia no los perdiera, este rey la ha convertido en baluarte inexpugnable contra la invasión alemana. Vauban, el gran ingeniero de aquella época, se encargó de vestir militarmente la nueva conquistada, armándola de piés á cabeza para el combate. Al Norte puso á Landau, centinela avanzada entre cinco frentes amurallados; sobre el Rhin, colocó en batalla, como un escudo, las fuertes ciudadelas de Lauterbourg, Fort-Louis, Estrasburgo, Neufbrisach, y Huningue; con Belfort abrigó la falta de coraza; con Lichtemberg y Schelestadt cubrió sus espaldas. En estas vastas construcciones, el mariscal habia desplegado todos los recursos de su genio, habia creado nuevos sistemas, quitado los medios de defensa exterior, y dominando un extenso horizonte desde lo interior, habia agotado los secretos del arte de la fortificación. Poderosa era entonces la Alsacia francesa con esta cintura de piedras y metal, y un rudo campeón debia de ser quien la encantara. Despues de participar de nuestra gloria y trabajos, se ha hecho solidaria de nuestros desastres. Los tratados de 1815 han tenido cuidado de favorecer la invasión. Landau debió pasar en poder del enemigo con los secretos de Vauban; Huningue, que amenazaba á Bale, nos pertenece todavía, pero desmantelada, deshonrada, y sus ruinas, aun existentes, llenan el corazón de profunda tristeza. Trozos enteros de muro, vomitados por la explosión de la mina, yacen, como el primer día, en los anchos fosos, como si fueran vestigios de una lucha de Titanes. El extranjero recuerda que en aquellas murallas, han preferido tres generaciones una muerte gloriosa ántes que abrir las puertas



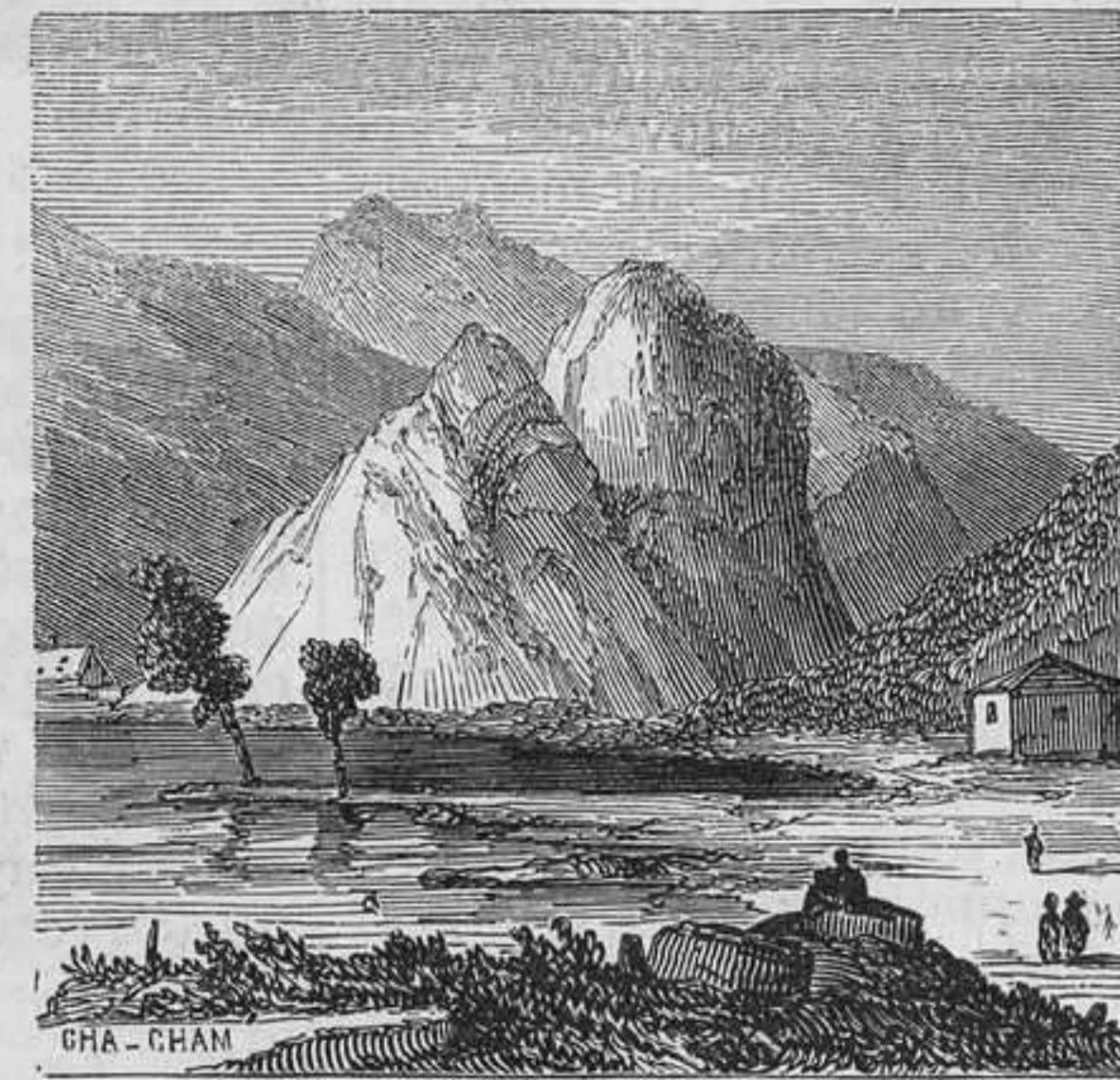
Talleres para imprimir lienzos en Dornach cerca de Mulhouse.



Obernai.



Abadía de Murbach.



Rocas de Villedaestein.



Valle de Saint-Amarin.

de la patria al enemigo.

El tiempo y los sucesos han consolidado la obra de Luis XIV, y cimentado la unión de la Alsacia y la Francia. Dos siglos hace que viven bajo un mismo pabellón, que vierten generosamente su sangre por la misma gloria, por la misma independencia; su espíritu, sus instituciones se han confundido completamente; el mismo corazón late á uno y otro lado de los Vosges.

Y sin embargo, apesar de la íntima adhesión de la Alsacia

á la patria común, sus habitantes conservan las costumbres, la lengua, y los antiguos usos de sus antepasados. Estas costumbres seculares, este apego á lo pasado son nuevos títulos al interés que inspira, á la curiosidad que excita en el viajero.

Por eso, no se conoce en Francia provincia donde se conserve semejante culto al recuerdo de los reyes Magos. El día de la Epifanía, este recuerdo se traduce por actos muy singulares. Tres niños pobres, generalmente tres niñas, vestidas con el ropaje talar de Oriente, y guiadas por una estrella de oro, recorren las calles de la ciudad, y penetran en los edificios públicos, cantando las alabanzas del Señor. Uno de los actores va pintado de negro, representando al Etiopio Gaspar, que ofreció la mirra. Esta escena, que data sin duda de los tiempos religiosos de la edad media, encuentra cada año la misma simpatía, y ofrece abundante cosecha de limosnas á los improvisados Magos.

Crúcese por una ciudad, por un pueblecillo de Alsacia, seguro de hallar muy probablemente la fonda ó hostería de los Tres Reyes, y sobre la puerta principal sus imágenes con la testa coronada. Fiel el artista á la tradición, no ha olvidado el adornar á uno de ellos con los cabellos rizados y la faz de ébano, colocando en las manos de los tres los vasos que contenian el oro, el incienso y la mirra, que ofrecieron al recién nacido en el establo de Bethleen. Pe-

nétrese con franqueza en aquellas casas hospitalarias de larga fecha, y si no se es recibido como rey, al ménos no dejará de hallarse una acogida cordial, y la excelente cocina, privilegio de aquellas respetables hosterías, transmitido de padres á hijos desde tiempo inmemorial.

No quiere esto decir que los establecimientos rivales no ofrezcan iguales comodidades. A los ojos del gastrónomo las posadas de Alsacia pueden figurar como una de las glorias del país. La limpieza de muchas es casi proverbial; y merced á los recursos inagotables de rios y bosques inmediatos, algunas mesas redondas presentan el aspecto de un perpetuo festín. Entre los productos indígenas, las empanadas de hígado de ganso (foie gras), los cuartos de cervatillo, las truchas del rio Illo, y la carpa del Rhin figuran en primera línea; los vinos blancos de Turckheim y de Wolxheim chispean en los vasos de colores de Bohemia.

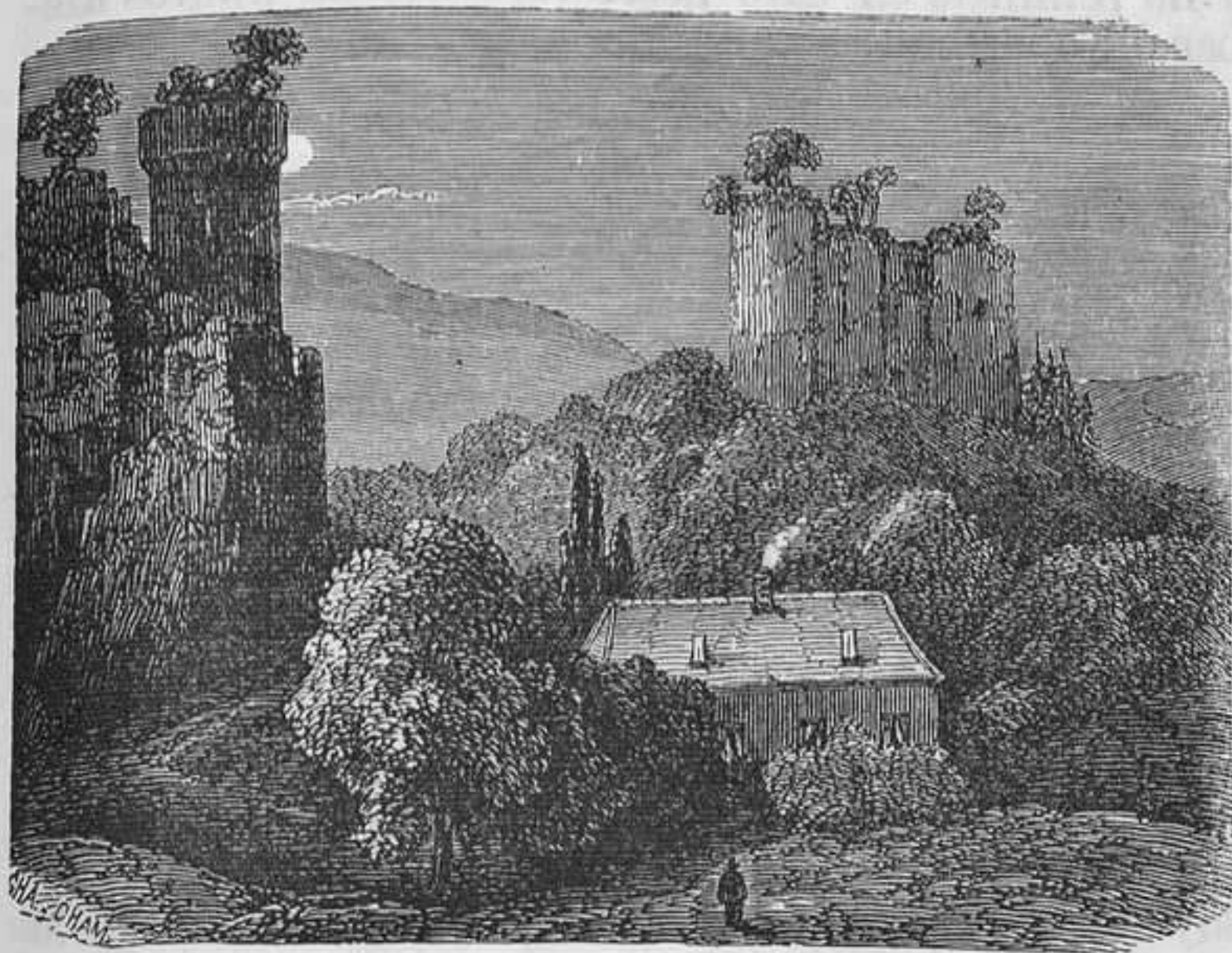
Las muestras de estos asilos abiertos al extranjero pueden contenerse en un breve catálogo, y no seria extraño que se pudieran contar entre ellas los nombres de las capitales de los 86

departamentos de la Francia. ¿Se pregunta por una fonda? pues con escasa diferencia se dirá: caballero, puede Vd. ir á la ciudad de Paris, la ciudad de Lion, la ciudad de Metz, los Tres Reyes. El Oso blanco, etc., etc.

La misma especialidad de nombres se aplica á las hosterías. Aves de todos colores, entre los que aparece la primera la cigüeña, pájaro sagrado del país; leones verdes y rojos, el ángel de oro, el castillo antiguo, cuyas ruinas coronan la cima de la montaña vecina, sirven comúnmente de enseña.

Ya iba á omitir una de las mas significativas: «Al húsar de Alsacia.» Justo es que

el húsar francés goce de predilección en el país que le sirvió de cuna. Los primeros soldados de esta arma que aparecieron en Francia fueron desertores húngaros cuyo equipo é inteligencia sedujo al punto á nues-



Castillos de Lutzelburg y de Rathsamhausen.

trosgenerales. Luis XIV quiso formar un regimiento de ellos, y no halló mejor país para reclutarlos que la Alsacia. La afición de húsar echó allí raíces. En aquella frontera, donde se oye al despertar el ruido de trompetas y tambores que repite el eco, la afición de las armas es muy natural. La caballería se prefiere á la infantería, y el bello ideal del soldado de Alsacia es el uniforme seductor y ligero del húsar. Cuando un jóven sienta plaza, ya se sabe que ha de entrar en un regimiento de húsares. Y si este soldado vuelve á sus lares, y establece una hostería, claro es que no puede ponerla bajo mejores auspicios que los del húsar de Alsacia. Allí está el húsar, con su pelliza al hombro, sentado al frente de la botella de cerveza. El corcho ha saltado, y el líquido blanco y furioso se precipita, describiendo el trayecto de una bomba, en el vaso espumante, que llena hasta los bordes. Milagro de la pintura que tiene la virtud de atraer al marchante, y los tambores del regimiento á la hostería del Húsar.

¿Hablaré ahora del gusto innato de la música que tienen los de Alsacia? Mas de una vez he admirado los regulares y vigorosos acentos con que resuena la iglesia de un pueblo en un día festivo. ¡Y sin embargo, los que cantan con tanto gusto y armonía no son mas que rústicos campesinos, guiados por su instinto musical! Y en la plaza resuena el eco de alegres canciones, y los coros alemanes que vienen del Tyrol, y que salen entre el humo por las ventanas de la cerbecería.

El teatro de Estrasburgo acaba de heredar veinte mil duros de renta que le ha legado un aficionado á la música. Este donativo fastuoso está de acuerdo con el espíritu del país. Segun Periclé, al hacer el elogio de su amigo Cimon, uno de los mas bellos títulos de gloria de este gran ciudadano, fué el haber consagrado parte de su fortuna en un jardín público, donde los atenienses hallarán agradable descanso bajo la fresca sombra

de los oleandros y sicomoros. ¿Oradores y poetas de Alsacia, como celebraréis vosotros el presente magnífico de vuestro compatriota?

Hemos recordado los conciertos improvisados de la cerbecería, y ahora añadiremos, que el viajero curioso no debe salir de la provincia sin visitar alguna de ellas. El pincel flamenco que adoptó al bebedor de cerbeza no ha creado nada mas singular ni mas variado que tal cuadro de costumbres.

La cerbecería es juntamente el café, la sala de juego,

han sentado en bancos de encima centenares de bebedores sedientos. ¡Qué variedad de fisonomías alegres, y de pipas! Allí se fuma mas que se bebe, y es bastante decir. El estómago del verdadero bebedor de cerbeza se

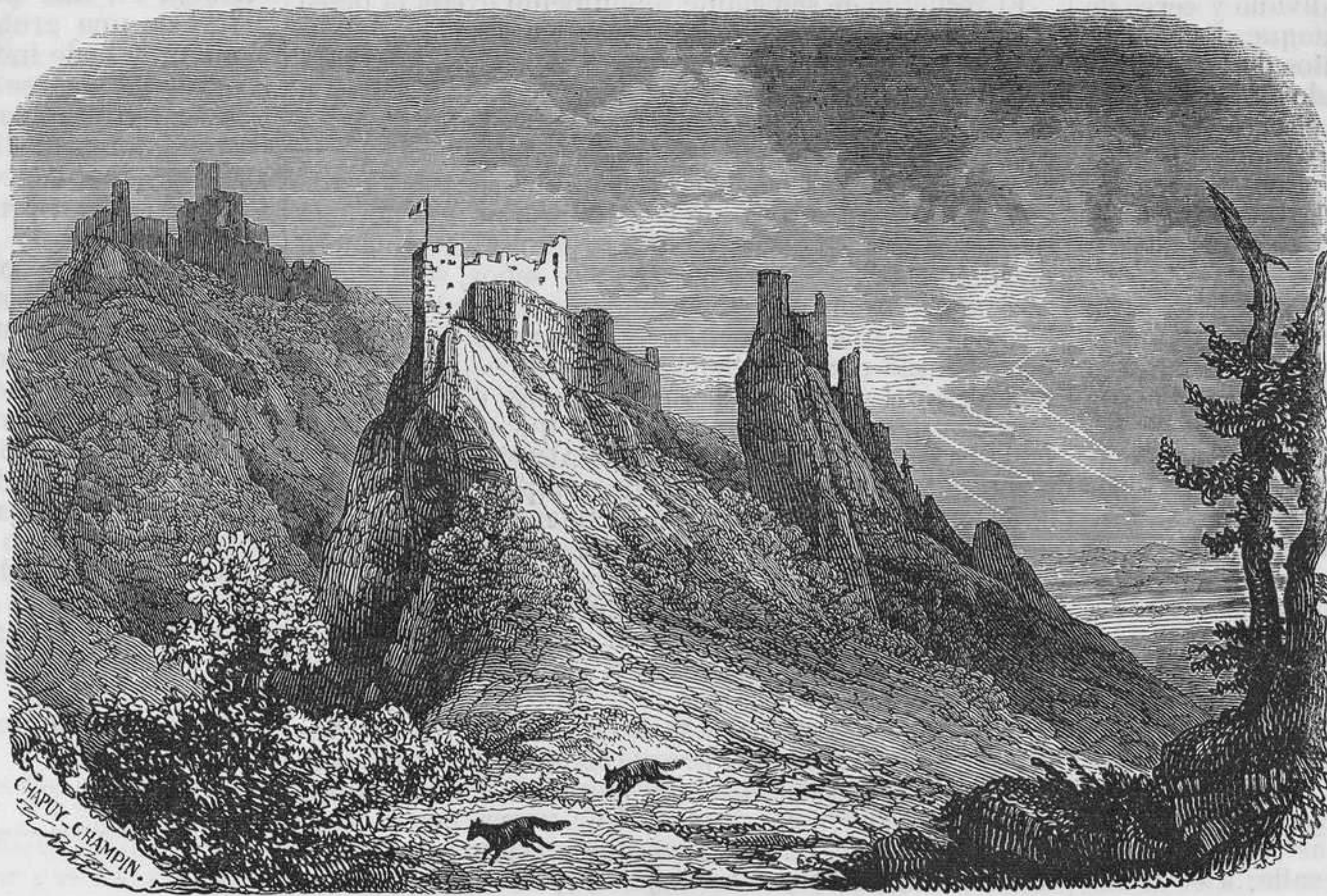


Vista antigua de Cerday.

parece al tonel de las danáides; de la misma sentada se beberá sin pestañear diez jarros. Uno de aquellos aficionados al lúpulo calculaba que se habia bebido en veinticinco años de cotidianas visitas á la cerbecería, por valor de dos mil duros. En Francia, solo en Flandes se puede luchar con ventaja con un consumo tan prodigioso. Los alemanes dejan muy atrás á unos y á otros. Es verdad que tienen un método ingenioso de venderla. En el país de Bade entré un día en una cerbecería y pedí un jarro de cerbeza. ¿Cuanto? pregunté. 4 kreutzers, caballero. — Muy bien; déme Vd. otro. — Este 3 kreutzers. — Amigo, Vd. tiene dos pesos y medidas. — No, señor; si gusta Vd. de beber el tercero, no pagará Vd. mas que 2 kreutzers, y 1 por cada uno de los demás. Admiré la receta que satisface los intereses del bebedor y el cerbecero, estableciendo la economía en razon directa de la sed.

Volvamos á la cerbecería de la Alsacia, donde las carcajadas estallan, los vasos se entrechocan, los juegos se organizan, y el humo que sube en espesos torbellinos amenaza oscurecer el alumbrado de gas. El humo del tabaco indígena que crece libremente en los campos de la Alsacia, y tapiza á fines del estío las casas de las aldeas con sus hojas largas y amarillentas. ¡Ea! sirvientas frescas y complacientes, girad al rededor de las bulliciosas mesas, adonde os llama el ruido del vaso vacío. ¡Llevad cerbeza oscura en las espumantes vasijas! ¡otro jarro mas para fumar la pipa; otra pipa para acabar el jarro!

Y ahora cojamos el baston para visitar algunos puntos de la Alsacia. Vamos á encaminarnos hácia esos Vosges cuyas cimas coronaban ántes banderas feudales; atravesaremos los bosques donde resonaban el cuerno de los castellanos, y hallaremos recuerdos de tiempos pasados en los recintos desmoronados de los pueblos, en los monumentos góticos, y sobre todo en las imponentes ruinas hechas por la guerra, que pueblan las montañas.

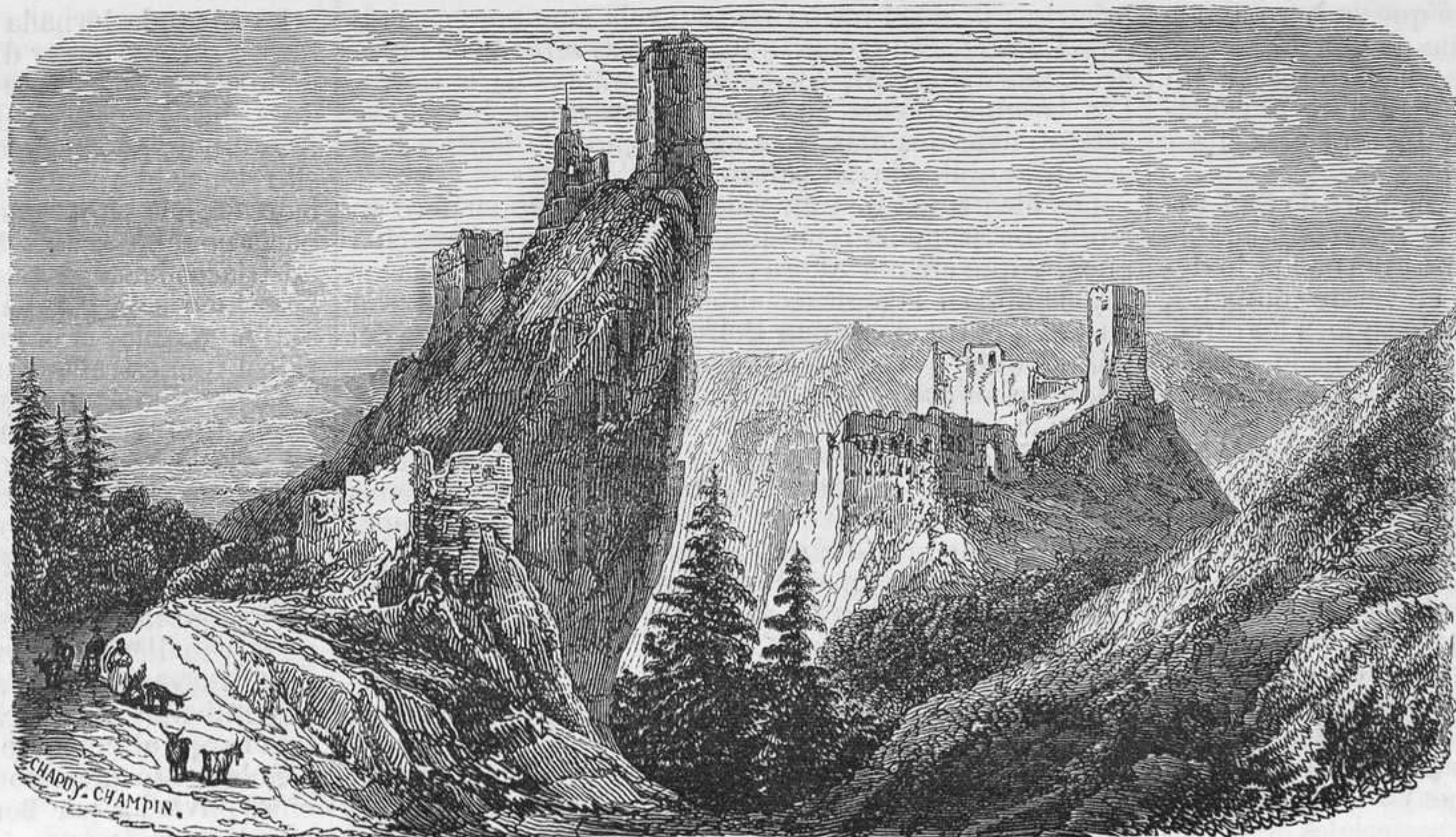


Los tres castillos de Ribeauvillé.

la fonda y cuarto de conversacion del habitante de Alsacia. Aquel es su recreo nocturno, y el descanso alegre de su fatigosa jornada. Que se le pregunte ¿dónde se bebe, se fuma con placer, ó se rie francamente? En la cerbecería. Y aun allí se tratan los negocios entre dos jarros de cerbeza de Estrasburgo. Obsérvense las largas filas de mesas relucientes, al rededor de las cuales se



Iglesia de Thann.



Castillos de Gisberg y de San-Ulrich,



Iglesia de los Dominicos, á Guebville,

Un punto hay en la vertiente oriental de la cadena, desde donde el viajero puede contemplar su rico y magnífico conjunto. Es la roca de Mennelstein, situada sobre la montaña de Santa Odila, al pié de la cual se halla recostada la ciudad de Obernay, antiguamente ciudad imperial y plaza fuerte. La montaña de Santa Odila, peregrinación anual de los habitantes de Alsacia, es la más célebre de todas, no por su elevación, que solo es de 700 metros, sino por lo notable que es aquel sitio, y los piadosos recuerdos que despierta. Allí se va, al decir de un historiador, para dividir sus devociones entre la religión, la naturaleza y la antigüedad de aquel *belvedere* encantado, la vista del espectador abarca un espléndido panorama. Ante él se despliega la mitad del mapa de la Alsacia, con veinte ciudades y trescientas villas; á sus costados se extienden las ondulaciones redondeadas de la vasta muralla de los Vosges, que se pliegan y repliegan como las olas de un mar agitado; un mundo de ruinas hay esparcido en aquel caos de picos y vallecillos. Entre los más cercanos se encuentran los castillos de Ottrots, y Spesbourg, que domina el valle de Barr, entre los más distantes, la habitación real de Kenisberg y los castillos de Ribeauvillé se pierden en un horizonte nebuloso. Al Oeste, la línea plateada del Rin recorre el centro de su curso, limitado por las alturas de la Forêt Noire; y las cimas lejanas de los Alpes, cubiertas de nieves eternas, forman el último término de tan majestuoso cuadro.

La leyenda de Santa Odila es maravillosa. Su padre, Atico, duque de Alsacia, en tiempo de Childerico II, residía en Obernay, donde tenía su palacio. Allí nació ciega Santa Odila. Su padre, irritado por no tener heredero masculino, mandó darla muerte. Su nodriza la salvó, y el agua del bautismo le dió la vista. El duque la llamó para hacerla sufrir nuevas persecuciones, que la hicieron consagrarse á Dios. Obligada á dejar la casa paterna para librarse de admitir un esposo, que su padre la imponía, estuvo á punto de caer en sus manos, cuando la roca en que ella estaba, se dividió y cerró de modo que la puso á cubierto de todo ataque. Este suceso despertó en el duque los sentimientos de la naturaleza, y cedió á su hija el palacio situado en la montaña que debía de recibir su nombre, y en el cual estableció el monasterio tan famoso en siglos anteriores al nuestro. Una de las iglesias de Obernay se enlaza por los recuerdos con el de Santa Odila. Es la Kappel-Kirche, edificada en el lugar á donde venían á orar el padre y la hija.

El castillo de Spesbourg, construido sobre la roca, en medio de viejos abetos, es notable porque las gigantes cas piedras con que fué levantado, guardan la extraña figura de la roca, que las sostiene. Su subida es penosa por senderos difíciles y guijarrosos, cubiertos de arbustos espesos. El interior está adornado con ventanas góticas, y por ellas se ve con asombro el profundo abismo que le servía de defensa.

Los castillos de Lutzelbourg y de Rathsamhansen se hallan á poca distancia de Offrot, que pertenecía á los castellanos del último. Sus graciosas torres, aun en pié, atestiguan el antiguo esplendor de sus señores feudales. La vecindad de Hiedenschanz, ó reducto de los paganos, dobla el interés de los lugares. Es una muralla de dos varas de espesor, situada al Oeste, en la cima del Kappel, y á la cual asignan las conjeturas más probables un origen romano.

Los tres castillos del Alto Rippolstein, de Gisberg y San Ulrico, coronan pintorescamente las cúspides de las montañas, que encierran el precioso valle, á cuya entrada está Ribeauville. El Alto Rippolstein, el más elevado de los tres, es también el más antiguo. Construido en el siglo once, servía de residencia á los señores de Ribeauville, que dieron su nombre al país. El último de ellos, Maximiliano-José, debía ceñir su frente con una corona. Napoleón lo hizo rey de Baviera en 1806.

El segundo castillo, Gisberg, elevado sobre la cima de un peñasco cortado á pico, cuya solidéz es un problema de estática, sorprende por la valentía poco común de su construcción. Este trabajo de gigantes ha legado recuerdos tan sombríos como su aspecto. Habítábalo un caballero, intrépido cazador, diestro en el arco como Nemrod, acostumbrado á que su hermano le avisara la hora de partida por medio de una flecha que lanzaba á su ventana. La señal se hacía esperar un día. El impaciente caballero de Gisberg abre la ventana, y en aquel momento el dardo fatal le atraviesa el pecho.

El tercer castillo, en fin, lleva el nombre de San Ulrico, patron de su capilla. Este es el más considerable de los tres. Una numerosa y valiente guarnición lo defendía. Batido en brecha y mutilado en veinte combates, sobrevivía gloriosamente, hacía medio siglo, á los otros, cuando á fines del diezisiete, fué abandonado por la casa de Dos-Puentes, á que pertenecía. El tiempo acabó la obra de la guerra. — La mayor altura de la cadena de los Vosges es el vallecillo de Guebwiller, en el Alto-Rhin. Tiene 4,278 piés de elevación. En torno suyo, como de Santa Odila, se descubren los restos de antiguos fuertes, y se extienden llanuras fértiles y sitios deliciosos; sus cercanías además encierran riquezas naturales y artísticas de otro género. En primer lugar, el lago del vallecillo, cuyas aguas azules, y llenas de pescados, están encerradas entre rocas, en una superficie de 75,000 metros cuadrados, y á 762 piés sobre el nivel de los ríos inmediatos. Cuando se construyó Neufbrisach, Vauban encontró medio de utilizar aquel vasto depósito por medio de un canal, que ya no existe, pero que sirvió para el trasporte de los materiales de la ciudad naciente.

Sigue el valle de Florival, que debe su gracioso nombre á su florida campiña; la aristocrática abadía de Murbach, y finalmente, las hermosas iglesias de Guebwiller, ciudad asentada en la entrada del valle de las Flores.

Murbach y Guebwiller traen su origen de sus fundadores. En el siglo octavo, una colonia de religiosos escoceses atravesaba la Alsacia. Al llegar al pié del vallecillo de Guebwiller, la belleza del sitio los sedujo, y aquel fué el término de su errante expedición. Levantaron la abadía de Murbach, ilustre despues entre todas. Su abad era príncipe del imperio, y sus religiosos debían justificar los cuatro cuarteles de su nobleza. Dotada de inmensos bienes, soberana de muchas ciudades, la opulenta abadía ha desaparecido, y los vestigios de su pasada grandeza son el coro de la iglesia del convento y los claustros, con sus dos torres. Y aun una de ellas amenaza próxima ruina.

Pero aun existe la hermosa basílica construida en Guebwiller por estos mismos religiosos. Es de estilo ogival, y posee tres torres, una de las cuales, parece un alminar traído del Oriente. Su coro, que ya no existe, era de la mayor belleza, y hacia decir á los habitantes de Alsacia, que no había iglesia que pudiese competir con lo que reuniera á este coro, la nave de Issenheim, y la torre de Thann. El campanario de Thann merece este elogio. La flecha esbelta, calada y flanqueada por torrecillas elegantes, es una maravilla del siglo quince. Aunque el resto del monumento no corresponde en su conjunto á esta obra maestra, ocupa sin embargo el primer puesto entre los edificios religiosos de Alsacia, despues de la catedral de Estrasburgo. La portada principal es de un hermoso efecto. Rodeada de una triple fila de estatuas pequeñas, tiene por coronamiento un grupo de personajes, en medio de los cuales aparece el Padre eterno. La restauración de los vidrios del coro de obra reciente, es debida al talento de MM. Marechal y Guignon, de Metz.

El recuerdo de semejante monumento excita el deseo de conocer algunos detalles de su construcción. Buscaba al efecto un cicerone, cuando ví junto á mí un individuo que parecía de la localidad, y cuyo ojo seguía mis miradas con visible satisfacción. — Bello edificio, caballero, le dije. — ¡Oh! sí, señor, bello en efecto; es el orgullo de nuestro país, y nadie encontrará desde aquí hasta Estrasburgo un compañero ni una portada semejantes. — No os desmentiré; ¿pero sabéis quién ha levantado este monumento? — No, señor, solo sé que se construyó con el mayor cuidado, hasta el punto de hacer la argamasa con vino. — Despues de tal detalle, no pregunté más, contentándome con compadecer la sencillez del cicerone; pero la crónica del país, que consulté despues, me hizo conocer que aquel hombre tenía razón. « Cierto año, dice, la Alsacia hizo una cosecha de vino tan abundante, que empleó parte de ella en las paredes de la iglesia. » La misma crónica señala por su arquitecto á Ervino, de Steimbach, que hizo la catedral de Estrasburgo.

Thann, ciudad pequeña y muy industriosa, tiene el mérito de hallarse situada en la entrada de uno de los más bonitos valles de Alsacia, el de San Amarin, y en un sitio delicioso.

Bajo todos aspectos, este valle encantador puede rivalizar con el de Munster, porque contiene los establecimientos industriales más considerables del Alto-Rhin. Bñalo en toda su longitud el Thur, y va á morir cerca de Villedenstein, cuyas rocas, que servían ántes de cimiento á un fuerte, se asemejan hoy al sepulcro de un gigante. Junto á Thann y Cernay, que no se acuerda ya que ha sido tan pronto del Austria como de la Suecia, se agrupan al pié de las montañas una multitud de villas que enriquecen el comercio y la fabricación. Entre todas las manufacturas que pueblan el valle de San Amarin, las más admirables son las de Villedenstein, que tejen y estampan el algodón y la lana, empleando 3,800 obreros, dando por producto 350,000 kilogramos de hilados y 80,000 piezas estampadas, cuyo valor total es de 30 á 32 millones de reales, que ofrecen cerca de 8 millones de salarios, ó sueldos.

Por lo demás, la Alsacia se parece al valle de San Amarin: la edad media no se revela sino por sus ruinas. La agricultura y la industria han sentado sus reales donde los tenían los helicosos señores de la tierra. Los bosques, donde no había penetrado el hacha, se aclaran todos los días, y la chimenea de la fábrica es el accesorio obligado del paisaje.

Los elementos de esta vida nueva tienen su foco en Mulhouse, pequeña república sin importancia hace cien años, y que cuenta ahora, población francesa, más de 30,000 almas. Tres negociantes de este país resolvieron en 1746, entre ellos Juan Dolfus, libertar la Europa del tributo que pagaba á las Indias por las telas pintadas, llamadas *indianas*, y á este efecto construyeron en Mulhouse la primera fábrica, que imprimió con muy buen resultado estos tejidos. La India perdió desde entonces este monopolio, mientras que la reputación de las telas de Mulhouse penetraba en lo más apartado de Europa. El estampado atrajo otros ramos del arte mecánico, y talleres de tejidos de algodón, construcciones de máquinas, etc., aumentaron el lustre de su esplendor comercial.

Como las de Weisenburg, y Munster, las manufacturas de M. Dolfus Thieg en Dornach, cerca de Mulhouse, han llegado al más alto grado de perfección. Este es el mayor establecimiento del continente. Hoy, Mulhouse, centro de un mercado importante, se ha hecho también el de la ciencia industrial. No se contenta con llevar al mercado sus productos, sino que también exporta há-

biles obreros. La Alemania, la Rusia, la misma Inglaterra reciben grabadores, dibujadores y estampadores formados en su seno. En esto, la Alsacia ha seguido el movimiento de la época. De guerrera se ha hecho comerciante. Pero no abandona sus primeros instintos, y no renuncia en caso necesario á ofrecer nuevos Kleber ó Kellerman.

F. L.

Un drama en el Océano Pacífico.

M. Benjamin Boyd, uno de los abonados á la bolsa de Londres, se había retirado de los negocios, y mandó construir un *yacht*; le armó con cinco cañones, y tripulándole con seis hombres, se hizo á la vela para dar la vuelta al mundo. Este *yacht*, llamado el *Waudeser*, estuvo últimamente en San Francisco, desde donde marchó para Sidney en la Australia. Al pasar cerca del grupo de las islas Salomon en el Océano Pacífico, M. Boyd tuvo la desdichada idea de saltar en tierra en la isla Gandaleanar, situada por 9°, 40' S., 149°, 50' 15" longitud E. para cazar algunos pájaros. El *Waudeser* echó anclas el martes 14 de octubre último á las tres de la tarde, en una pequeña bahía al S. E. de la isla. Durante la tarde aparecieron muchas canoas que venían costeano, y se volvieron al ponerse el sol. La noche, dice el diario del barco, se pasó tranquila. Al día siguiente por la mañana muy temprano volvieron las canoas; no llevaban ningun objeto de cambio, ni tampoco parecía que tenían armas.

A las seis y media M. Boyd salió en la chalupa acompañado solo de un indio que se había embarcado en la isla Océano. La tripulación del *yacht* vió entrar la chalupa en una pequeña embocadura y desaparecer detrás de una gruta de tierra sobre la que había un gran número de indios. Poco despues se oyó un tiro, y á eso de las siete se oyó otro. Sin embargo, no hubo cosa alguna extraordinaria que alarmase al equipaje. Pero despues del mediodía, los salvajes, blandiendo sus lanzas y dando el ronco grito de guerra, vinieron en multitud de canoas, con ánimo de apoderarse del *yacht*. No quedaban á bordo más que cuatro hombres, que se apresuraron á preparar sus medios de defensa, y tiraron varios tiros con los fusiles; pero viendo que los salvajes continuaban aproximándose á pesar de que habían muerto algunos, dispararon los cañones cargados de metralla. Solo despues de muchas descargas, y cuando vieron varias canoas hechas mil piezas, fué cuando se retiraron á tierra los indios.

Al día siguiente dos marineros se embarcaron en un bote para ir á buscar á M. Boyd, ó traer sus restos si acaso había muerto; pero no encontraron más que señales indudables de que había sostenido una lucha cuerpo á cuerpo en cuanto puso el pié en tierra. Todas las pesquisas fueron inútiles. No se encontró el cuerpo de M. Boyd, ni el de su compañero, ni cosa alguna de su pertenencia. Se supone que estos dos desgraciados han sido sacrificados por la voracidad de los salvajes.

Batalla de Arcole.

Todo el mundo conoce la principal circunstancia de la batalla de Arcole, es decir, el momento en que Bonaparte irritado de ver el abatimiento de sus soldados, tomó una bandera, y lanzándose sobre el puente, en medio de la metralla, arrastró á los franceses tras de sí; pero todo el mundo se equivoca mirando este acto como decisivo, y atribuyéndole la victoria: pocos momentos despues los soldados se vieron obligados á retroceder.

La segunda jornada dejó igualmente indecisa la victoria, pero al tercer día, Bonaparte, que había mandado echar un puente durante la noche en la embocadura del Alphon, y había ordenado á la guarnición francesa de Legano, colocada detrás de los austriacos, entretener al enemigo, hizo pasar una división al otro lado del río para atacar por el flanco, mientras él lo hacía por el frente: esta maniobra hizo retroceder á los austriacos hasta el pueblo de Arcole, pero desde allí le presentaron la batalla, y el resultado les hubiera sido aun favorable, si el general francés no hubiera recurrido á una estratagema que decidió la batalla.

La división Augereau, que había atravesado el Alphon se adelantó hácia los austriacos, que estaban ordenados en batalla, mientras que un jefe de los guías de Bonaparte, tomando veinte y cinco soldados de á caballo y doce trompetas, atravesó con ellos el pantano, saliendo de entre las cañadas que estaban á retaguardia del enemigo haciendo sonar las trompetas. A este ruido y al verlos, los austriacos se creyeron rodeados por un cuerpo de caballería. Entonces hubo un momento de excitación, nuevas órdenes se cruzaron paralizando todos los movimientos. Augereau se aprovechó de esto para dar una carga al enemigo, y lo arrolló todo delante de sí. Solamente diez hombres quedaron de los veinte y cinco enviados por Bonaparte, y uno de ellos decía algún tiempo despues.

« Perdí en ella tres dedos, pero se ganó la batalla. »

Revista de la moda.

SUMARIO. — Las mesas bailan y dan vueltas los sombreros. — Superioridad de los sombreros llamados *capellinas*. — De lo que se entiende por *capellinas*. — Un traje de campo. — Los lazos mariposas siguen revoloteando. — Una chaquetilla-corpiño tan elegante como económica. — Divisa de una que se entretiene en escribir crónicas. — Trajes de paseo para rubias y morenas. — De la moda práctica y razonable. — Descripción del figurín de modas de niños.

El *Tio-Tom* ha sido destronado por las mesas giratorias, los sombreros que dan vueltas, y los relojes que siguen las conversaciones. Los salvajes del Ohio y del Kentucky no han podido luchar contra mesas, sombreros y relojes tan civilizados: Enriqueta Stowe ha hecho verter lágrimas, pero las mesas hacen reír á carcajadas. Sí, esas pobres mesas electrizadas, magnetizadas danzan divinamente, y para ponerlas en movimiento no hay mas que formar la cadena del diablo. ¡Esto es terrible! dicen que es preciso creer en Lucifer, para que el fluido penetre en la coaba. Aquellos que carecen de fe, y que se atreven á dudar del poder eléctrico-magnético, lo paralizan todo; son unos verdaderos parias de la creencia que habrá que desterrar por ahí en una isla cualquiera.

Ultimamente el señor Tres Estrellas convidó á una docena de amigos á comer á su bonita casa de campo de Auteuil, en uno de esos hermosos días de primavera donde todo tiene el calor del cielo azulado y risueño.

— ¡Qué tiempo tan hermoso! dijeron algunos de los convidados; no sería malo el ir á pié para que se nos abriera el apetito.

Dicho y hecho; el camino es tan hermoso: ¡los Campos Eliseos y el bosque de Bolonia! Los convidados llegaron á las seis, empolvados y cansados como peregrinos de Oriente, y mas hambrientos que unos tigres.

— ¡Adelante, amigos míos! les dijo el dueño de la casa con impaciencia.

— ¡Pues qué, la comida está esperando ya?

— Todavía no, porque antes de comer, cosa material y prosaica, he querido reservar á Vds. una sorpresa electro-magnética. La mesa del comedor se va á poner á bailar delante de nosotros.

— ¡Y qué baile será ese? exclamó alegremente una bonita joven. ¿Será la polka, el valz, ó la cachucha?

— No se burle Vd., amiga, repuso el dueño de la casa; mi mesa no ha dado aun mas que los primeros pasos.

— ¡Qué lástima! añadió la pícara joven; y yo que quería servirla de pareja para la primera contradanza!

— Nada de bromas, señoras y señores. Acomódense Vds. al rededor de esta mesa, poniendo las manos encima de modo que el meñique derecho de cada uno se apoye en el meñique izquierdo de la mano vecina. Hay que tener cuidado de que los vestidos no toquen á la mesa, y de que ninguna persona extraña á la cadena tropiece con las sillas.

Al cabo de veinticinco minutos, un temblor involuntario se apoderó de las personas mas nerviosas. La mesa experimentó un movimiento de oscilacion apenas sensible, pero de repente principió á moverse con tanta agilidad, que ejecutó lo que podemos llamar un tango americano. Daba saltos de derecha á izquierda, lo mismo que hacía atrás, pero con tal presteza, que era prodigioso. Imposible es bailar mejor en la corte de la reina Pomaré.

El dueño de la casa aplaudía con frenesí, danzando al compás de su mesa.

— ¡La ciencia es cosa grande! decía: ¡viva Newton! ¡viva Mesmer!...

Todos los convidados le miraron con los ojos con que se mira á un loco.

— Está muy bien, le dijeron al cabo; basta de baile, y pongámonos á comer, amigo mio. Son las siete y media, y el apetito va siendo insoportable.

El dueño se acercó á su mesa que echó á correr (la mesa) al otro extremo del comedor, y viendo una ventana abierta, se fué al jardín en un brinco. El pobre hombre se puso á perseguirla, pero como ella tenia cuatro piés, le llevaba siempre mucha ventaja. En efecto, la consabida mesa saltó las tapias del jardín, ligera como una sílfide, y desde el día de esa funesta experiencia eléctrica, el señor Tres Estrellas se quedó sin ella. En el pueblo de Auteuil se la busca por todas partes, y al que la devuelva á su dueño, se le dará un buen hallego.

¡Cuidado, lectoras mías, con las mesas!

Y lo mismo sucede con los sombreros, que á fuerza de dar vueltas, tienen trastornadas las cabezas de los mismos que los llevaron. Parece que solo los sombreros de los hombres son susceptibles de recibir el fluido magnético, y de dar vueltas como veletas.

¡Y luego hablarán los hombres de la ligereza de las mujeres!

A lo ménos si nuestros sombreros dan vueltas, las dan elegantes y graciosas, y no hay mas que mirarlas para convenirse de esto.

En efecto, nada es mas elegante que una *capellina*; este sombrero sí que da vueltas, porque es redondo, y se inclina un poco hácia adelante sobre la cara.

Y ántes que se me olvide, diré que se llaman *capellinas*, esos sombreros de jardín, de aldeana parisiense que se llevan para trajes de campo, que son de dos clases, una para negligé, y otra para visitas.

La *capellina* de negligé es muy grande, de paja con labores, lisa ó *chiné* blanca y negra, ó cenicienta-negra. En cuanto á adornos, se pone mas el terciopelo que las flores; pero lo mas bonito, y lo que mas recuerda el género J.-J. Rousseau, es un ramito de cerezas de color encendido, bien frescas, bien brillantes sobre una *capellina* de paja lisa y dorada, con lazos y cintas de terciopelo negro.

En cuanto á la *capellina* de vestir se hace redonda y pequeña, con volantes de rica blonda, y con bordados de paja de Italia. Es simplemente un sombrero á la manera de las antiguas *marquesas*; en las puertas de Trianon y de Versailles se halla pintada mas de una *capellina* de estegenero. El casco es de ta-

fetan blanco rizado, al gusto de Luis XV, con ramitos de amapolas al rededor, de distancia en distancia. Además lleva un volante de blonda que oculta á medias, dos enormes ramilletes de rosas y flores silvestres, que se ponen á cada lado de la sien.

La *capellina* de vestir está preciosa con un vestido de muselina blanca con tres volantes bordados al plumetis. El vestido de muselina exige absolutamente un corpiño fruncido, con cinturón largo y flotante, mas bien que esos otros corpiños de telas diáfanas, vaporosas y ligeras, telas que solo están bien cuando hacen abundantes pliegues.

Con los vestidos de muselina lo que mejor cuadra es una esclavina tambien de muselina; no hay nada mas fresco ni mas bonito, sobre todo cuando no se forra, porque en este caso dibuja precisamente el talle. Esta pañoleta debe llevar volantes de muselina bordada ó de encaje; y encima de cada volante hay que hacer un rizado de muselina, por el cual se pasa una cinta, formando lazos mariposas de distancia en distancia. Estos lazos de cintas se ven en todo el traje; en el vestido, en los cuellos, en las mangas y en las batas de por la mañana. Nos hallamos en tiempo de Luis XIII, á juzgar por los encajes que llevan encima las señoras.

Vosotras, ¡oh mis lectoras americanas! que habitais eternamente bajo un cielo puro y azul, debéis llevar siempre trajes frescos y ligeros. Voy á describir, pues, un corpiño de encaje negro que se pone con las faldas sin corpiño.

Este corpiño es tan elegante como económico, y todas las parisienses lo llevan. Pero es mas bien una especie de chaquetilla y no un corpiño, cosa desterrada en el día; una chaquetilla de encaje negro, forrada de tafetan negro, describiendo corpiño bien escotado para lucir los hombros. Las faldetas son muy altas y caladas, y terminan en dos hermosos volantes de Chantilly. La chaquetilla se entreabre graciosamente, con un encaje que cae por los dos lados. Entre cada volante hay un bordado en terciopelo.

Sin embargo, esta chaquetilla no ha destronado á la de piqué blanco, ni al canezú de muselina ó de encaje.

Mucho me gustaria describir aquí algunos trajes de paseo, pero no sé si se rámas provechoso el dar algunas noticias prácticas sobre el corte de vestidos y sobre su hechura.

Pero para contemporizar con todos los gustos, hablaré un poco de cada cosa, pues una escritora de crónicas debe tener esta divisa: *Agradar y agrandar siempre.*

Para traje de paseo, las morenas deben elegir un sombrero de tul boton de oro, rizado en olas caprichosas, con tres pequeños volantes de blonda; una guirnalda de grusas rosas de color de paja, con ojas de crespon, ó dos ramitos de plumas rizadas boton de oro. Por dentro debe de haber una diadema de botoncitos de rosa con lazos mariposas de gasa. El boton de oro casa perfectamente con el azul celeste.

Un vestido de *barege* azul con volantes cubiertos con una imitacion de encaje de Chantilly tejida en la tela, es lo mas aristocrático que puede darse. Con este vestido se lleva un chal de grueso tul bordado en terciopelo, alternando con una pequeña *ruche* de cintas de gasa; hay siete *ruches* y siete hileras de bordados en terciopelo; de modo que ya puede juzgarse cuál será su efecto. El chal acaba en un alto volante en tul adornado, como el cuerpo del chal, con un encaje de Chantilly.

Tambien es muy elegante con una capota de tul boton de oro y el vestido que hemos dicho, un chal de tafetan blanco, ricamente bordado al plumetis, con doble fleco de seda blanca. Las puntas del chal son cuadradas.

Las rubias, por el contrario, deben elegir una capota mitad paja de arroz, mitad tafetan azul celeste con mariposas de blonda, y musgo. En cuanto al vestido, hay dos *bareges* ó dos *tarletanes*. La primera tela se llama *barege Trianon*; su fondo es blanco nacarado, con anchas rayas satinadas y con volantes de ramitos de flores variadas y bien abiertas. Además hay otro *barege* ceniciento, un ceniciento tan suave como el humo del tabaco oriental, con volantes de dos galones, uno de redecilla satinada azul, otro blanco, sembrado de botones de rosa. En cuanto á los dos *tarletanes*, hay uno blanco con volantes de rayas azules, y otro á la escocesa. Con estas telas vaporosas se lleva una esclavina Lavallière, de tafetan negro, ni ancha ni estrecha, con grandes volantes Chantilly.

Hablemos ahora de la moda práctica y razonable.

Los vestidos se siguen llevando muy largos y muy anchos. Sin embargo, las faldas de volantes llevan mucha ménos anchura que las faldas ordinarias, porque los volantes caerian sobre sí mismos haciendo pliegues. Las buenas costureras forran las faldas de volantes con una muselina gruesa bien tiesa, á la altura del segundo volante, y otras veces sostienen las faldas con ballenitas muy flexibles. Con los vestidos actuales hay que llevar enaguas bien almidonadas.

Los corpiños casi todos se hacen con faldetas, cosidos ó abiertos. No se ha vuelto á hablar de los talles cortos, pero las faldetas son sumamente largas. Tambien se hacen muchos corpiños fruncidos, muy abiertos hasta la cintura. El chaleco se lleva aun, pero á la condicion de ser de encaje ó de muselina bordada.

En cuanto á las mangas continúan siendo tan originales y caprichosas que es imposible analizarlas y describirlas. Se hacen abiertas y largas; el género pagoda se ha vuelto muy vulgar; se ven muchas mangas á la Luis XIII, muy adornadas con encajes, alamares y cintas, y tambien se hacen otras con volantes sobrepuestos. Esto está precioso, cuando la tela es ligera, como la muselina.

Pero dejando ya este pesado curso sobre hechuras y modas de vestidos, pasarémos á la descripción del figurín de niños, graciosas fisonomías que respiran todas la primavera de la juventud.

La primera figura representa un joven de nueve años con un pantalon color de acero, con banda rayada y satinada á cada lado. La chaquetilla es de paño color de castaña, dibujando el talle, con bolsillos á los lados, abierta para que se vea un chaleco de piqué blanco, con un transparente de muaré azul, figurando un segundo chaleco. Camisa de batista con pliegues finos; corbata negra y botitas de charol.

Después viene otro niño de cuatro años con un bonito traje de mahon. Pantalon ancho hasta las rodillas con bardado en las costuras; por dentro va otro pantalon de bordado inglés, á lo turco, que baja un poco mas que el primero. Chaquetilla de mahon de las Indias bordada como el pantalon, y con faldetas. Camisa de batista, con un rizado en la escotadura, y botitas cenicientas.

Luego vemos una niña de cuatro años con vestido de tafetan escocés color de rosa y blanco, con un corpiño con faldetas y una falda muy corta. El corpiño no lleva mangas, y va muy escotado. Sobre los hombros se ven lazos de cintas; encaje de Suiza, pantalon con volantes bordados al plumetis, y botitas. *Capellina* de tafetan blanco con guirnalda de margaritas color de rosa y blancas.

A su lado hay una señorita de doce años, que se entretiene con un bonito niño. Esta lleva un vestido de valencias gris, con rayitas azules satinadas; el corpiño con faldetas y las mangas abiertas á los lados. Su esclavina es de tafetan negro, con volantes, sin ningun adorno, y su sombrero mitad tafetan blanco y mitad gasa ligera. El pantalon apenas se descubre por el borde de su falda; sus botitas son de raso francés color de perla.

El niño de un año con quien está jugando, lleva un vestido muy largo de piqué inglés ricamente bordado al plumetis. Por delante se ven elegantes bordados. — Esclavina de cachemira blanca, con cinco galones satinados; *papellina* de Valenciennes con adornos de felpilla blanca.

Los tres últimos niños que se ven en nuestro figurín forman como un grupo á parte.

Una niña de siete años está cogiendo una rosa, en tanto que un niño de seis se halla sentado muy pensativo, junto á una coqueta de cinco abriles, vestida de seda.

La niña que coge la rosa lleva un vestido verde de popelina, con un corpiño con faldetas, adornado con terciopelo negro, así como las mangas. Todo el delantero del corpiño es calado, con alamares de terciopelo negro. Camisolin de tarlatana con plieguecitos; mangas interiores con un volante de tarlatana. Capota de tafetan color de rosa con guirnalda de rositas de mayo; pantalones bordados, y botitas cenicientas.

El joven pensativo lleva una blusa edad media, con adornos de terciopelo; pantalones cortos y ricamente bordados; cuello á lo mosquetero, y botitas cenicientas.

En cuanto á la linda coqueta de cinco años, tiene un canezú escotado de muselina, con faldetas bordadas y volante caído en forma de besta, al rededor del pecho y de los hombros. Falda de tafetan color de perla, con tres volantes, pantalones bordados, botitas color de perla, y brazaletes de terciopelo negro.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

AVISO AL PUBLICO,

La importancia de nuestra publicacion, la primera sin duda en su género de cuantas se han ensayado hasta aquí en idioma español, así por las interesantes materias que comprende como por la excelencia de sus grabados y el esmero de su parte tipográfica, nos hizo esperar, ántes de emprenderla, que el público americano la dispensaria una favorable acogida, y en esta persuasion hicimos desde luego una larguísima tirada. Nuestro pronóstico se ha realizado, ó por mejor decir, el éxito ha sobrepasado en mucho á nuestras esperanzas; pues segun los pedidos que en cada correo nos llegan de distintos puntos de América, pronto se agotará la edicion de los números que llevamos publicados.

En consecuencia de lo dicho, hemos resuelto aumentar considerablemente la tirada desde el TOMO SEGUNDO que empezará en el número 27 de esta PARTE ILUSTRADA Y LITERARIA del *Correo de Ultramar*. Pero como nos seria muy difícil por ahora hacer una nueva edicion de los números que han de formar el primer tomo, advertimos á las personas que piensen suscribirse á nuestro periódico, que deben apresurarse si quieren tener completa la coleccion; pues, como llevamos manifestado, los pedidos que de todas partes recibimos, son tan numerosos que dentro de poco se habrán agotado los ejemplares existentes.

El baile de las mesas.

El fenómeno mágico del *baile de las mesas*, lejos de fatigar la atencion pública, surexcita cada vez mas los espíritus, y parece como que quiere hacer olvidar otras preocupaciones mas positivas, que tienen mucho influjo en



El juguete de niño.

Esta experiencia del péndulo, que figuramos en uno de los grabados, puede dar lugar á un juego de niños, que llamándoles vivamente la atención, no dejará de ejercer algún influjo sobre el desarrollo de su inteligencia.

El aparato es sencillo, puede al mismo tiempo ser muy variado, y admitir todo el lujo que desean algunas personas en los juguetes. Se compone de un hilo cualquiera de 10 á 20 varas de largo, del cual pende un muñeco, ó de otro objeto análogo. El aparato, colocado en la mas completa inmovilidad, colgando de la mano, oscila despues de cierto lapso de tiempo, mas ó menos largo, bajo la influencia del fluido, y ejecuta todos los movimientos que le impone la voluntad. — ¡Pocos juguetes pueden tener mayor atractivo! — Se puede además, aumentar la diversion, haciendo formar la cadena á muchos niños, en medio de los cuales se tendrá el aparato que uno de ellos dirigirá, dando sus órdenes mentalmente ó en voz alta. — Y ya corre la noticia de que un fabricante de juguetes se ocupa de realizar esta idea.

El segundo grabado representa otro juego de niños, muy fácil de realizar, y semejante al de las sortijas. El aparato funciona en Alsacia, segun escribe el médico Eissen desde Strasburgo, consiste en una mesa redonda, sobre un pié, soportando al mismo tiempo sillas que pueden tomar la forma de sillones, caballitos, etc. Los niños sentados en estas sillas, ponen sobre la mesa las manos, segun costumbre, y cuando el fluido obra, la mesa, las sillas y los niños son arrebatados por el movimiento giratorio. Cambiando este movimiento de direccion segun se quiera, los niños pueden estar sujetos á



El taburete de piano.

nuestra época. El libro que mas en boga hoy está es el que trata de este nuevo misterio, que tiene ocupados, buscándole la explicacion, á mas de cuatro académicos; de todas partes llueven comunicaciones refiriendo ensayos felices, y las conversaciones no tienen en el dia mayor alimento. La cuestion se considera bajo todos aspectos, y cada uno segun sus tendencias, sus gustos, sus costumbres, sus disposiciones morales y su instruccion, prefiere tal ó cual parte del problema; uno se ocupa en observar los efectos del temperamento, la edad y el sexo; otro el de los caracteres, antipatías ó simpatías, etc., etc.; otros por fin, no se ocupan mas que del punto recreativo, imaginando la construccion de aparatos basados sobre curiosas experiencias indicadas por algunos observadores.

Ya el médico Mayer, redactor principal de la *Presse Medicale*, anuncia un aparato que le ha sugerido la experiencia del péndulo, y que tiene por objeto medir la longitud de las oscilaciones, y evitar el mas pequeño sacudimiento producido por la construccion fibrilar de los músculos.



Juego de sortija.

cierta disciplina moral, cuyas órdenes emanarán de uno de ellos.

Por último, el tercer grabado representa una operacion hecha sobre una banqueta de piano.

Todos saben que esta banqueta tiene una rosca que sirve para hacerla subir ó bajar, segun se mueva de derecha

á izquierda, ó viceversa. — Dos personas, y á lo mas tres, bastan para hacer esta experiencia. Se ponen, como siempre, las manos sobre la banqueta, y cuando se ha producido el movimiento, hacen subir ó bajar la banqueta, mandándole cambiar de rotacion. Es preciso tener cuidado de dar las órdenes ántes de que toque la rosca al extremo; si se olvida en la extremidad inferior, todo el aparato se pondrá en movimiento, asiento y pié; y si la inadvertencia tiene lugar en la extremidad superior, el asiento abandona la rosca, y puede hacer mal á alguno de los experimentadores. Para evitar estos inconvenientes, y no sufrir retraso en el movimiento ascendente ó descendiente, basta el contar, ántes de que se empiece, las espirales de la rosca y las vueltas de círculo que puede describir el asiento en un

tiempo y rapidez determinados. Las órdenes se ajustan al resultado que ofrece el problema; y cuando nada embaraza la experiencia, causa admiracion este movimiento mágico, que se puede prolongar hasta que se agotan las fuerzas, porque, en cuanto al fluido, este no muere sino con la vida.

F. R.

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

PARIS. — TYP. GERDÈS, CALLE BONAPARTE, 42.

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCION :

Este periódico sale á luz CINCUENTA Y DOS VECES AL AÑO, con mas de 800 dibujos ó grabados sobre madera de los mejores artistas de Paris, Madrid y Londres.

Cada número se compone de 16 páginas de impresion sobre papel de lujo con magníficas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto.

Cada mes los suscriptores recibirán dos figurines de última moda, uno de mujer, y otro de hombre, y varios patrones de bordados de todo género.

SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESES DOS VECES AL MES. — PRECIO DE SUSCRIPCION AL AÑO.

Para la Habana.	12 pesos fuertes	Para Centro América, Panamá y todas las agencias de la costa del Pacífico.	15 pesos fuertes
Para el interior de la Isla de Cuba.	13 » »	Para Valparaiso, Santiago de Chile, San Fco de California y el Paraguay.	16 » »
Para Puerto Rico.	13 30 macuquinos		
Para el interior de la Isla de Puerto Rico.	18 » »		
Para las Antillas francesas, inglesas y Costa Firme.	12 pesos fuertes		
Para la Plata, República Argentina y el Brasil (por los vapores del 9 de cada mes).	14 » »		
Para la provincia de Cúmana.	12 75 » »		

NOTA. — No se admiten suscripciones á este periódico sino por semestres, principiando en Enero y Julio de cada año. La suscripcion se paga por semestres, y siempre adelantados, sin excepcion alguna.

Los suscriptores en cuyos puntos no residan agentes ni estacionen los vapores, pagarán además los gastos de transporte y de correo á los referidos agentes en su domicilio.

SE RECIBEN LAS SUSCRIPCIONES EN LAS AGENCIAS SIGUIENTES :

Londres.	MM. SIMMONDS.	Demerara.	MM. Richard HAYNES.	Quito.	MM. Alfonso PRIEUR.
Nueva York.	— Eug. DIDIER.	Guatemala.	— P. J. LOSS.	Rio Hacha.	— J. Manuel GOENAGA.
La Habana.	— ROUSSEAU LANGWELT.	Guayaquil.	— Alfonso PRIEUR.	San Francisco (California).	— MASSEY, FINANCE Y C ^a .
Arica.	— BILLINGURST Y TAYLOR.	Laguayra.	— A. M. MOLLEJAS, casa de los Sres. LAGRANGE Y ENGELKE.	Santo Domingo.	— D ^r MORINGLANE.
Arequipa.	— J. María REY DE CASTRO.			Santa Marta.	— A. MIRAMON.
Asuncion (Paraguay).		Lima.	— José MACIAS.	San Juan de Nicaragua.	— Juan MESNIER.
Buenaventura.	— VASQUEZ CÓRDOVA.	Maracaibo.	— P. CASAUX.	Santiago de Cuba.	— Felipe LAY.
Bogota.	— SIMONNOT.	Matanzas.	— F. DEVILLE.	Trujillo del Perú.	— Andres ARCHIMBAUD.
Buenos Ayres.	— CLARMONT.	Maturin (Cumana).	— P. BAUPERTHUY.	Santiago de Chile.	— Pascual EZQUERRA Y GIL.
Id.	— LUCIEN É HIJO.	Monpoa.	— J. M. PEREIRA.	San Tomas.	— BENEDETTI.
Caracas.	— J. C. CORBIN.	Méjico.	— BOIX, BESSERER Y C ^a .	Tacna.	— Carlos BASADRE.
Id.	— Emilio PHILIP.	Montevideo.	— A. LAS CAZES.	Tampico.	— A. DELILLE.
Cartajena.	— H. P. DE LA VEGA.	Panama.	— SMITH Y C.	Valencia.	— Achille LETTERON.
Cali.	— J. María CANADAS.	Popayan.	— Rafael IRRITA.	Valparaiso.	— Pascual EZQUERRA Y GIL.
Ciudad Bolívar.	— THIRION.	Porto Cabello.	— Rafael ROJAS.	Vera Cruz.	— Juan CARREDANO.
Cobija.	— ARTOLA Y C ^a .	Puerto Rico.	— J. M. SANCHEZ ENRIQUEZ.		